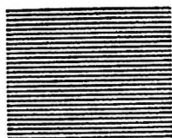


ALUCINACION COLECTIVA

LAW SPACE

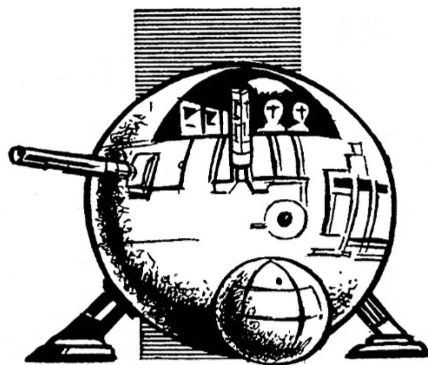
SOLO PARA ADULTOS





héroes del

ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

126 — *Enviados del Cosmos,* Law Space
127 — *La invasión de las esporas,* Elliot Dooley
128 — *Cofradía de asesinos,* A. Thorkent
129 — *Kirgon: conquistar la Tierra,* Adolf Quibus
130 — *Aventureros del infinito,* Law Space
131 — *Pescando planetas,* Lucky Marty
132 — *Prisioneros del enigma,* Rocco Sarto
133 — *Vidas sin fin,* Lem Ryan

LAW SPACE

ALUCINACION COLECTIVA

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 134
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 32.0821982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1982
2.ª edición en América: mayo. 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Como cada noche, cuando llegaba el momento de abandonar el laboratorio, Stanley Larson experimentaba la misma sensación de soledad, el mismo hondo despecho, la misma intolerable desesperanza.

Y no era que tuviese un motivo directo y concreto para hundirse de aquella manera en un pozo de angustia horrible, pero no podía hacerlo de otro modo.

La esencia misma de su timidez era como un acicate malsano que le empujase hacia ello. Por otra parte y cuando consideraba las cosas desde un punto de vista lógico, debía rendirse a la evidencia y acusarse de mil cosas despreciables.

Sin embargo...

Mientras trabajaba allí, junto a «ella», pudiendo seguir sus movimientos gráciles, contemplar, aunque no fuese más que de soslayo, su rostro hermoso y escuchar sus palabras y su risa, el mundo le parecía bien hecho y ordenado, al tiempo que la esperanza latía en él con una fuerza maravillosa.

Era después, a medida que la hora de salir se acercaba, cuando pensaba que ella, junto a su padre, iban a abandonar el laboratorio y que deberían pasar muchísimas horas para que la volviese a ver.

Aquellas horas le hacían estremecer de celos.

Porque por mucho que intentaba decirse que la muchacha volvería a casa junto al profesor, y que pasarían indudablemente la velada allí, ante la televisión, en espera de la hora de acostarse, no podía impedir el que raras y malsanas ideas se introdujesen en su mente poblándola de temores infundados, pero que poseían la misma fuerza que les hubiese proporcionado la más real de las certezas.

Mil veces había estado dispuesto a decirle algo, a manifestarle la pasión que sentía por ella. Pero jamás se atrevió.

Y no era que su timidez residiese en que se consideraba poca cosa, no. Poseía una idea clara de su valor personal, de su posición dentro del equipo del profesor Wilke y no padecía de una falsa modestia que hubiese aumentado su timidez.

Mas todo su arrojo personal, su valor hacia los experimentos más peligrosos, su decisión científica mil veces comprobada, se fundía, como la nieve ante el sol estival, en cuanto esbozaba un gesto hacia la muchacha.

Incluso, desde que se había enamorado de ella, su mentalidad había cambiado profundamente, su carácter se había agriado y ya no era el mismo, sobre todo cuando se encontraba fuera del laboratorio, paseando por las calles de la ciudad.

Hasta había empezado a beber.

Al principio trató de encontrar un paliativo al dolor interno que experimentaba; pero, después, la dosis fue aumentando a medida que intentaba apagar, fuera como fuese, aquel fuego destructivo que le estaba consumiendo sin piedad.

Así fue como conoció a Charles Hulter.

Nunca hubiera podido encontrar a aquel hombre de no haber visitado las tabernas de los barrios infectos de la ciudad. Pero lo halló allí, en uno de esos locales sombríos en los que los hombres parecen haber dejado de serlo para convertirse en meras sombras, en pálidas apariciones que la luz mortecina apaga aún más y que el alcohol hace brillar de una manera fantasmagórica.

Ahora, cada vez que abandonaba el laboratorio, después de seguir con la mirada al

coche del profesor, se dirigía apresuradamente, como si le corriese prisa, hacia el lúgubre local donde tenía la seguridad de encontrar a su nuevo amigo.

Aquella noche, como todas, hizo lo mismo. Penetró en la taberna y vio que Hulter estaba allí, sentado ante una mesa sobre la que había una botella de alcohol, ya empezada, y dos vasos.

Sonrió ante lo prevenido de su amigo, que siempre contaba con su visita. Acercándose a la mesa, se dejó caer en una de las banquetas, frente al otro, mirándolo con simpatía.

Charles Hulter era un hombre alto, de anchos hombros y rostro curtido por el sol. Debía frisar en la treintena, pero parecía muchísimo más joven y su rostro no ofrecía la menor huella de una arruga. Tenía una nariz recta, unos labios gruesos y sensuales y unos ojos de color azulado, brillantes y un tanto oblicuos.

Sus manos eran fuertes y lisas, sin vello alguno, y terminaban en unas uñas que parecían haber salido de las manos cuidadosas de una manicura.

Iba elegantemente vestido y siempre muy limpio, con corbatas que jugaban primorosamente con el color de sus impecables camisas.

No fumaba nunca.

Por eso, Stanley encendió un cigarrillo, nada más sentarse, sin ofrecer otro a su amigo y esperando que fuera este quien rompiese el silencio, cosa que así ocurrió.

—¿Qué tal el día?

Larson echó una bocanada de humo hacia el techo; después dijo, mirando al otro:

—Como siempre.

Charles sonrió.

—No me refiero a tus sufrimientos amorosos, Stanley.

—¿Entonces?

—Hablaba de tus trabajos.

—Muy bien. El profesor sigue en sus trece.

—¿Crees que tiene razón?

Larson se encogió de hombros.

Hubiese deseado hablar de Patricia, de sus lindas manos, que movían cuidadosamente las pinzas y los tubos, de sus ojos que brillaban intensamente, de su voz cantarina cuyos sones zumbaban aún en sus oídos.

Pero estaba visto que su amigo deseaba huir aquella noche de la conversación principal de cada encuentro.

—No lo sé —dijo, después de una pausa—. Sus trabajos se alejan de todo lo que habíamos hecho hasta ahora.

—Es cierto —replicó el otro—. Las investigaciones de vuestro instituto se centraban ahora en el estudio de la manera de acabar con ciertas plagas de insectos, sirviéndose de otros para destruir a los que hacían daño a los cultivos.

—Así es. Pero ahora todo ha cambiado. No es que hayamos dejado de trabajar en nuestra habitual labor, para eso nos pagan. Pero al profesor se le ha metido en la cabeza otra clase de experimentos. Y los hacemos en lo que podríamos llamar «horas libres».

—No pareces muy interesado por esos trabajos.

—¿Tú sí? Nunca creí que te interesase la Entomología...

Charles se encogió de hombros.

—Tengo interés por muchas cosas.

—En realidad, apenas si te conozco. Cuando nos vimos aquí, por primera vez, estabas casi tan borracho como yo.

—Es cierto.

—Hablamos de nuestras penas y me dijiste que tú también sufrías por una mujer... como

yo.

—Así es.

—¿Has logrado algo desde entonces?

—No, pero lo conseguiré. Ya te dije que estaba estudiando la manera de que llegase el momento en que ella cayera a mis pies, pidiéndome por favor que la amase.

Larson no pudo evitar una sonrisa.

—¡Es lindo vivir de ilusiones! —exclamó.

—No lo creas. Todas las mujeres son iguales. Y lo que ocurre a la muchacha que yo pretendo es lo que le pasa a la tuya.

—¿Quieres explicarte mejor?

—Con mucho gusto; una mujer desea siempre conseguir algo más importante o distinto de lo que le rodea. Examinemos tu caso. Patricia es la hija de un célebre profesor y tú no eres más que uno de sus ayudantes...

—¡Soy el mejor!

—Bien, bien. No te pongas así. Pero aunque seas el mejor, para ella estás muy por debajo de su padre, que es como el límite que ella ha puesto al mínimo de sus ambiciones. ¿Lo entiendes ahora?

—Un poco.

—Esa muchacha mira más alto y puedes estar seguro de que si tú fueses un profesor capaz de enseñar algo a su padre, de demostrarle tu superioridad, ella caería en tus brazos.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no me considero capaz, al menos de momento, de enseñar algo al profesor Wilke. Podré hacerlo, pero cuando tal cosa ocurra, ella ya estará casada.

—¡Bien razonado!

—¿Entonces?

—Escucha, amigo mío. Ya ves que las premisas de esa ecuación están perfectamente planteadas: o tú superas el ideal de esa muchacha, su padre, o eres vencido por el primer estúpido que se presente.

—¿Qué quieres decir?

—Que si Patricia no encuentra a nadie en el campo donde se mueve que sea superior al profesor, caerá en los brazos del primero que resalte en cualquier otra profesión.

—Es cierto.

Hubo un silencio.

Luego Charles dijo, sonriente:

—Sólo te queda hacer algo extraordinario.

—Sí, pero... ¿el qué?

—Ten confianza en mí.

Larson miró intensamente al otro.

—Pero ¿qué puedes hacer tú por mí?

—Ya lo verás. Por el momento, ¿vas a decirme qué clase de trabajos estáis haciendo?

Larson se encogió de hombros en un gesto de desesperanza.

—No comprendo lo que pueda interesarte todo esto —repuso—. Son estudios completamente teóricos, casi filosóficos, sin ninguna importancia práctica y que, además, no nos llevarán jamás a ninguna parte.

El otro torció el gesto.

—Si no quieres decírmelo, allá tú.

—¡No seas estúpido, muchacho! Claro que te lo voy a decir... después de todo, ¿qué importancia puede tener?

—Te escucho.

Larson se sirvió un vaso de alcohol, bebiéndoselo de un trago; después, limpiándose la boca con el dorso de la mano manifestó:

—Está bien. Todo empezó cuando el profesor encontró una larva de hormiga que crecía desmesuradamente.

—¿Por qué?

—Escucha. Estudiamos el caso, llegando a la conclusión de que el animal sufría una carencia de quitina. Ya sabes —añadió, después de una corta pausa— que la quitina es el componente más importante del esqueleto de los insectos. Pero tampoco ignorarás que ese esqueleto es exterior; es decir, que recubre el cuerpo, por lo que se llama «exoesqueleto».

—Comprendido.

—La importancia de lo sucedido con aquella larva residía, según el profesor, en la posibilidad de un desarrollo del cuerpo y, sobre todo, del cerebro del insecto.

—¿Qué quieres decir?

—Que hasta ahora, el cerebro de los insectos se ha visto limitado de tamaño por las paredes de su esqueleto que han impedido así su desarrollo. De ahí que muchos insectos, relativamente inteligentes y organizados, como las hormigas y las abejas, por ejemplo, no hayan experimentado una evolución considerable.

—De acuerdo.

—Pero, ¿qué ocurriría si esos insectos pudiesen desarrollar sus facultades mentales como nos ha ocurrido a nosotros? Han demostrado ser inteligentes, han sido capaces de organizar su vida, de crear ciudades que son muchísimo más complicadas que las nuestras y, sobre todo, mucho más grandes. Han desencadenado guerras, hecho prisioneros, mantenido cautivos y destruido muchísimas zonas, incluso habitadas por el hombre.

—Es cierto.

—El profesor deseaba estudiar el desarrollo cerebral de esos animales y para ello consiguió aislar a la larva, cuidándola como a la niña de sus ojos.

—¿Y qué ocurrió?

—Nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que la larva murió al cabo de un par de semanas.

—¿Entonces?

—No lo sé. El profesor está empobreciendo la dieta de quitina en otro grupo de larvas, con la esperanza de llegar a una cifra que impida su muerte. ¿Lo entiendes?

—Si.

—Y ahora que estás enterado de todo, ¿te das cuenta de que no tiene ninguna importancia para lo que estábamos hablando antes?

Charles sonrió.

—Ya veremos —repuso, con una sonrisa misteriosa—. Yo soy tu amigo y haré lo que pueda para que salgas victorioso con esa muchacha a la que quieres.

Los ojos de Larson brillaron intensamente.

—¿De veras?

—Sí. Déjame estudiar el asunto. Es muy posible que pueda convertirte en un sabio célebre y que ella, Patricia, sea la que se acerque a ti, deseando que le digas algo.

—¡Sería maravilloso!

—¿Bebemos otro trago?

* * *

Alta, esbelta, rubia, con unos hermosos ojos azules, Patricia Wilke era una de esas muchachas que no necesitan de afeites ni pintura para demostrar la hermosura de la raza humana.

En aquellos momentos, sonriente como de costumbre, con esa alegría vital que era como el trasfondo de su juvenil espíritu, empujaba el carrito del té, dirigiéndose por el alfombrado pasillo hacia el despacho-biblioteca de su padre.

Vio al profesor sentado en su sillón, junto a una mesita sobre la que había un enorme montón de libros, muchos de ellos abiertos.

Arthur Wilke tenía uno en la mano.

Era un hombre de agradable aspecto y la blancura de sus cabellos ponía una nota de nobleza en su rostro, que se realzaba en su alta y amplia frente. Sus cejas hirsutas y de color blanco formaban dos arcos sobre unos ojos grisáceos pero llenos de vida. Tenía la piel rosada y sana, sus manos eran largas y de dedos afilados como las de un pianista.

Patricia se acercó a él.

Dijo:

—El té, papá.

Levantó la cabeza, mirándola sonriente, feliz de saberla a su lado, llenando el vacío que había dejado, hacía ya mucho tiempo, su esposa.

—Gracias, querida.

—Es muy tarde ya, papá. ¿Por qué no te vas a dormir?

—Sólo un poco, Pat...

Y señalando el libro, dijo:

—No puedes imaginarte lo que me alegra haber encontrado esto.

—¿Qué es?

—Un libro de un profesor, un tal Telmer, que en el siglo pasado intentó algo muy parecido a lo que yo deseo hacer ahora.

—¿Consiguió algo positivo?

—No, pero hay algo extraño en sus escritos. Ven, siéntate a mí lado, Pat. Voy a leerte unos párrafos que te sobrecogerán.

Ella obedeció, olvidando el té, que humeaba suavemente.

El profesor había vuelto a fijar su atención en el libro y, después de retroceder algunas páginas, afirmó con seguridad:

—Aquí es.

Hubo un silencio que la muchacha respetó, esperando que su padre empezase a leer, cosa que el profesor hizo instantes después:

—«... y llevo dos años intentando mantener las larvas sin caparazón... algunas resisten perfectamente bien y he conseguido mantenerlas así hasta seis semanas; pero después, cuando todo parece marchar a las mil maravillas, mueren y se desecan en pocos momentos...

»Yo creo que se trata de un caso de pérdida de humedad y que tal cosa no pueden soportarla. El esqueleto externo las protege contra la desecación. Por eso he aumentado el grado de humedad en los locales donde tengo las larvas, pero tampoco he conseguido nada.

»La idea de que trabajo contra la Creación me ha asaltado muchas veces y he estado a punto de destruirlo todo y detener mis trabajos. Pero persigo el estudio de lo que el cerebro de estos animales podría alcanzar si su crecimiento no estuviese limitado por el espeso caparazón que lo recubre...»

—¡Deseaba lo mismo que tú, papá!

El profesor sonrió.

—Así es, querida. Este hombre seguía el mismo camino que yo. Sus ideas eran iguales que las mías. Pero escucha lo que dice ahora. Es lo verdaderamente extraño del relato...

Hizo una breve pausa. Luego continuó:

—«Esta mañana he recibido una visita que no esperaba. Se trata de un hombre alto, impecablemente vestido y con acento extranjero, aunque no he podido fijar bien su origen. Se ha presentado con toda clase de amabilidades y, después de cambiar conmigo algunos propósitos intrascendentes, ha abordado el problema de mis trabajos...

»Se ha mostrado dispuesto a ayudarme y me ha dicho que podría salvar todas las dificultades que yo había encontrado en mis trabajos. Cuando le he preguntado de qué modo lo haría, me ha contestado que si las larvas morían era, tal como había pensado yo, por una pronta desecación de su delicado organismo.

«Entonces me ha dicho que él podría proporcionarme la sustancia que evitando esta desecación podría permitir el crecimiento del cerebro de las hormigas, sin evitar por eso que su cuerpo creciese al mismo tiempo, ya que si no fuera así, la "ley de la proporcionalidad" haría infructuosos mis trabajos.

«Hablaba con claridad y demostraba conocer perfecta y profundamente la Entomología y la Biología. Mientras hablaba, yo le contemplaba detenidamente y fue entonces cuando algo en mi interior me dijo que me encontraba ante un ser diabólico que solo deseaba mi perdición y la de la Humanidad entera.

»Tal idea penetró tan hondamente en mi alma que tuve la certeza, al despedirle poco después, diciéndole que lo pensaría, de que me había librado de algo horrible y espantoso.

«Cuando se marchó, recordé que no me había dado ningún dato sobre su persona y que solo me había dicho que se llamaba Charles Hulter».

—Eso es todo, querida —dijo.

—¡Qué extraño, papá!

—Sí que lo es, pero de todos modos has de pensar que el profesor Telmer era un supersticioso y que, por eso, echó a perder una ocasión única.

Pat preguntó:

—¿Lo crees así?

—Sí, Pat.

—Pero, ¿quién era ese hombre?

El profesor dijo:

—No importa quién fuera. Todo menos un diablo como el infeliz de Telmer pensó.

—¿Y cómo se presentó en su casa y supo lo que el profesor estaba estudiando?

—Pudo habérselo oído a cualquiera. Nosotros mismos, que trabajamos ahora en el mismo asunto, hemos hablado y hasta publicado cosas sobre nuestras investigaciones. No importa quién ha podido leerlas, pero puede presentarse alguien, como lo hizo ese Hulter.

Patricia no dijo nada.

—Ese hombre —prosiguió el profesor tras una corta pausa— debía de ser algún eminente bioquímico que descubrió una sustancia que quiso poner a disposición de Telmer... ¡y este despreció lo que le ofrecían!

—¿No habrá publicado nada el otro?

—No. He repasado el índice de autores y no he encontrado a ningún Hulter. Por desgracia, querida, los trabajos de ese hombre han debido desaparecer por completo.

Ella sonrió, pasando la mano por los cabellos blancos de su padre.

—Te hubiese gustado recibir la visita, ¿verdad?

—¡Desde luego!

—Sin embargo, el profesor Telmer debió de ver algo raro en su visitante para echarse atrás.

—¡Bah! ¡Estupideces! Lo que debió ocurrir, en realidad, es que Telmer temió que le robasen sus ideas. ¡Siempre suele ocurrir lo mismo! La desconfianza es la médula espinal de

los hombres de ciencia, hija mía.

Sonriendo, Patricia sirvió el té, convenciendo después a su padre de que ya era hora de irse a descansar.

No pudo evitar la muchacha, mientras se arropaba con el embozo de la cama, el pensar en lo que su padre le había leído y las frases cargadas de angustia que el profesor Telmer había escrito hacía ya un siglo.

Se estremeció.

CAPÍTULO II

Al oír que alguien empujaba la puerta de su despacho, Alan se echó hacia atrás el sombrero, que le servía de pantalla para evitar que la luz le diese en los ojos.

Luego, levantando ligeramente la cabeza, vio que el que entraba no era otro que su amigo y compañero de redacción Fred Menson.

El recién llegado se sentó en el borde de la mesa, no lejos del lugar donde reposaban los pies de Alan. Después, secándose el sudor que perlaba su frente con un pañuelo nada limpio, dijo:

—No he conseguido nada, muchacho.

—Me lo imaginaba.

—El «Viejo» va a echar los dientes.

—Lo sé.

—¡Ya veo! Tú te imaginas que lo sabes todo, pero me gustaría verte la cara cuando el «Tigre» te llame.

Alan esbozó una sonrisa.

—¿Y qué culpa tenemos nosotros? La ciudad está vacía, el calor ha hecho que las personas sensatas se vayan lejos. Y es natural que, cuando el setenta por ciento de la gente está ausente, sea difícil llenar las páginas del *Boston Review*.

—¡No me hables de esas sesenta páginas! ¿Dónde están los hermosos tiempos, cuando nos veíamos negros para meter toda la información en el periódico? ¡Entonces sí que daba gusto! ¿Lo recuerdas?

—Vagamente. Pero el «Tigre» debe pensar que todos los veranos ocurre lo mismo.

—No es cierto y tú lo sabes. Jamás hemos atravesado un estado de penuria informativa como este. Cualquier suceso, por insignificante que sea, lo «hinchamos» para que ocupe media página.

—¿Y qué?

—Que el «Tigre» está dispuesto, según he oído, a tenemos todo el día y toda la noche en la calle, sin permitimos volver aquí hasta que no le traigamos material suficiente para llenar el periódico.

—Tendremos que buscar anuncios.

—¡No digas tonterías! Ya tenemos quince páginas de publicidad. ¿Te parece poco?

Alan se encogió de hombros.

Dijo:

—¿Y qué quieres que yo le haga?

Fue en aquel momento cuando el teléfono se puso a sonar sobre la mesa del periodista, con una insistencia martilleante.

Los dos hombres miraron con aprensión el aparato.

—¿Qué te apuestas a que es él? —inquirió Fred.

Alan Scully cruzó los dedos.

—¡No nombres la soga en casa del ahorcado! —exclamó.

Después se incorporó y descolgó el aparato.

—¿Diga?

La voz potente del «Tigre» resonó en sus oídos como un rugido.

—¡Venga ahora mismo al despacho, Alan!

—Si, señor.

Y se apresuró a colgar.

—Era él —dijo después, mirando a su amigo.

—Prepárate.

—Ya, lo estoy. Sólo que no sé si con este calor podré soportarle mucho tiempo.

—¡No digas bobadas! Después de todo, el «Viejo» solo piensa en su periódico que, lo quieras o no, es nuestro medio de ganarnos la vida.

Alan suspiró y se puso en pie.

Abandonó el despacho bajo la mirada conmiserativa del otro, tomando luego el ascensor que le condujo a la última planta del edificio, donde el director tenía su despacho.

Harry Coleman, el «Tigre», el «Viejo», el «Ogro» y otras cosas más, era un hombre de unos cincuenta años, fuerte como un mastodonte, con un cuerpo enorme y unos brazos de antropoide. Su excesiva naturaleza física rimaba perfectamente con lo exuberante de su carácter, explosivo y ensordecedor en cualquier circunstancia.

Cuando Alan penetró en el inmenso y bien soleado despacho sus ojos buscaron un sillón que gozase de un poco de sombra. Se acercó a él, hizo un gesto señalándole y preguntó:

—¿Puedo sentarme?

—¡No! —rugió el hombre que estaba sentado al otro lado de una mesa sembrada de papeles y copias fotográficas—. ¡Basta de comodidades! Porque estoy seguro de que estabas echado en tu mesa y durmiendo... ¡No hay más que verte los ojos hinchados y esa cara abotargada!

Alan guardó silencio, echando una lastimera mirada al cómodo sillón a cuyo lado había llegado ya.

—¡No sé cómo no me da una congestión! —bramó aún el director—. Estamos sin información para la tirada de mañana; hemos llenado de idioteces el número de hoy y mis redactores se pasan el tiempo haciendo la siesta... ¡Inconcebible!

Alan dijo:

—No hay buena información, señor.

—¡Lo que no hay son buenos periodistas! En mi tiempo de redactor no había sitio suficiente en el periódico para poner todo lo que llegaba a la mesa del redactor jefe...

—El *Boston Review* no tenía entonces más que veinte páginas; permita que se lo recuerde, señor.

—¡Basta! También Boston tenía muchos menos habitantes.

Había cerrado los puños, enormes como mazas, y miraba a Alan como si fuese a destrozarlo de un momento a otro.

—¡Banda de inútiles! Está visto que si no hay media docena de crímenes, un par de incendios o un buen terremoto, sois incapaces de llenar una sola cuartilla...

»Pero yo no voy a dejar que estéis roncando mientras mi tensión llega a límites peligrosos para mí salud. ¡No y mil veces no!

Señaló el sillón:

—¡Siéntate!

—Gracias, señor.

Y Alan Scully se dejó caer, abandonándose a la deliciosa sensación que le envolvía entonces.

Pero la voz potente del «Tigre» no le permitió adormecerse.

—¡Hay que llenar la primera, sea como sea! Aunque tengamos que hacer una barbaridad...

—Usted dirá...

—¡Usted dirá! ¡Usted dirá! ¿Qué clase de piedra tenéis en el cerebro? Porque si nada se me ocurre a mí os pasaríais el tiempo preguntando con ese aire de estúpidos congénitos... «usted dirá»... ¡Vaya periodistas!

Alan dejó pasar la tormenta.

Conocía demasiado bien a su jefe y sabía que interrumpirlo no servía más que para acrecentar su cólera.

—Nuestro problema en estos momentos —siguió diciendo el director— es el de la primera, el más importante. Y como no podemos esperar que ocurra algo que merezca ser incluido en ese sitio, tenemos que ser nosotros los que «hagamos la noticia».

—Le escucho.

—¿Has oído hablar del profesor Arthur L. Wilke?

—Sí.

—¿Qué sabes de él?

—Que se trata de un entomólogo famoso y que ha solucionado no pocos problemas a la agricultura, creando, por cruce, unas especies de insectos que devoran particularmente a los nocivos para los cultivos.

—Bien. Ya veo que, por lo menos, no se te ha secado totalmente el cerebro.

—¿Le ha ocurrido algo grave al profesor?

—No, pero está trabajando en algo importante.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Eso no importa ahora! Las fuentes de información de un periódico solo incumben a su director. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Pues bien, deseo conocer lo que está haciendo el profesor y, si la cosa merece la pena, quiero que me hagas un «papel» bien llenito, con titulares adaptables a la primera: algo «sensa», ¿entiendes?

—Sí.

—Puedes encontrar al profesor en el Instituto de Entomología. No pierdas el tiempo y hazle hablar de todo lo que pueda interesar al público.

—Así lo haré.

La voz de Harry Coleman subió de tono:

—¿Y qué diablos estás esperando? —rugió—. ¿Quieres que te lleve en brazos yo mismo?

Alan se levantó prestamente.

Y una vez en la puerta, volviéndose un tanto, se despidió.

—Hasta luego, señor.

—¡Vete al infierno y no vuelvas nunca más!

Scully salió, cerrando la puerta.

«¿Al infierno? —se preguntó, mientras avanzaba por el pasillo hacia el ascensor—. ¿Es que no estamos ya en él?...»

No se atrevió a mirar el termómetro que había en la caja del ascensor por miedo a sufrir un vahído. Momentos después, suspirando, penetraba en su despacho.

Fred, que se había sentado ante un ventilador, volvió parcialmente el rostro hacia su amigo.

—¿No te falta ningún trozo de carne? —inquirió sonriendo.

—No. Quería comerme una oreja, pero escapé a tiempo. ¿Vienes conmigo?

—¿Adónde?

—Hay algo para la primera.

—¿El qué?

—Un autobús, que se paró al sol por falta de gasolina, se ha fundido en la calle 23.

—¡Bah!

Contó a su amigo lo que el director deseaba que hiciese. Y el otro, abandonando el

ventilador, accedió.

—Está bien. Tú ganas. Vamos.

Una vez fuera del edificio, se pegaron a la fachada, moviéndose por la estrecha franja de sombra en su avance hacia donde Alan tenía su coche.

—¿Vamos?

Corrieron. Alan abrió la puerta y penetraron con horror en aquella especie de homo en el que el coche se había convertido.

—¡Se podría freír un huevo aquí dentro! —se lamentó Fred.

Alan puso el vehículo en marcha, acelerando rápidamente en busca de un poco de aire que penetrase en sus pulmones. La circulación era escasa y esto les permitió avanzar a una cierta velocidad.

Por suerte, el Instituto de Entomología estaba rodeado de altos y frondosos árboles, que proyectaban una bienhechora sombra.

Dejaron el vehículo en plena umbría, cruzando después la sombreada senda que llevaba hacia la fachada.

—¡Aquí da gusto! —suspiró Fred Menson.

Alan sonrió.

—Aunque parezca una frase idiota —repuso—, los sabios no son tontos.

Momentos más tarde penetraban en el «hall» del instituto, dirigiéndose hacia una mesa ocupada por una muchacha lindísima, que les recibió con una encantadora sonrisa.

—Buenos días —saludó ella—, ¿Qué desean?

—Ver al profesor Wilke —repuso Alan—, Somos enviados especiales del *Boston Review.*

—Un momento, por favor. Voy a preguntar al profesor si puede recibirles.

Manejó diestramente la complicada centralita y momentos después, mirando a los dos jóvenes, dijo:

—Tienen suerte. El profesor va a recibirles. ¿Quieren subir a su laboratorio?

—¡Encantados!

Subieron, desembocando después en un amplio pasillo, con puertas a ambos lados, no tardando mucho en leer el nombre del profesor sobre una de ellas.

Alan llamó suavemente con los nudillos.

La puerta se abrió entonces y el periodista se encontró ante la criatura más deliciosa que jamás había visto. La sorpresa del joven fue tan sincera que ella no pudo por menos que sonreír al ver la expresión que aparecía en el rostro de él.

—¿Qué desea? —inquirió la muchacha.

Alan tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para poder articular las palabras; luego, cuando lo consiguió, expuso;

—Quedamos entrevistar al profesor Wilke. Creo que le han avisado desde abajo.

—¿Son ustedes periodistas?

—Sí.

Ella se hizo a un lado, sin dejar de sonreír y les dijo:

—Hagan el favor de pasar.

Obedecieron y, cuando Alan pasó junto a la muchacha, aspiró el perfume que de ella emanaba, respirándolo con fruición.

El laboratorio era amplísimo y tenía una forma rectangular, alargada hacia ambos extremos. Mesas de todos los tamaños ocupaban su parte central y las paredes estaban completamente cubiertas por estanterías, que contenían cajas de cristal o jaulas de finas redes de alambre.

—Hagan el favor de seguirme —dijo la muchacha.

Lo hicieron, deteniéndose poco después junto a tres hombres.

—Papá...

El más viejo de los tres fue el primero en volverse, pero los otros también lo hicieron.

—¡Ah, son ustedes! —exclamó el sabio, estrechando la mano a los dos periodistas. Luego, señalando a los que tenía al lado—: Les presento a mis ayudantes. Este es Lothar Hiller y este Stanley Larson.

Alan estrechó las manos que les tendían, notando enseguida que los ojos del llamado Larson tenían un brillo especial, como si le molestase la presencia de los informadores.

Pero la voz del profesor le llamó la atención.

—Y bien, amigos míos. ¿A qué debemos el honor de su visita?

—Deseábamos conocer la marcha de sus trabajos.

—¿De qué trabajos?

Alan sonrió.

El «Tigre» no le habla dado demasiada información, pero su oficio se imponía y no iba a fracasar por tan poco.

—Perdone usted, profesor. Ya comprendemos que sus trabajos deben estar rodeados de secreto profesional; pero, de todos modos, el público desea una información sobre lo que hacen los hombres de ciencia... aunque no sea más que algo que satisfaga su natural curiosidad.

—Lo comprendo. Pues bien, en estos momentos nos ocupamos de liberar a las hormigas de su caparazón, sobre todo del que rodea su cerebro.

—¿Qué persiguen con eso?

—Estudiar lo que la mente de las hormigas hubiese llegado a ser de no verse constreñida por el tamaño de su encéfalo. Tiene usted que imaginar que las hormigas podían haber sido las reinas de la Tierra de no haber existido esa limitación.

—¿Tan inteligentes son?

—Sí, pero no podemos establecer parangón posible.

Sólo conocemos muy poco sobre ellas, aunque lo poco que sabemos es sobrecogedor.

—¿Se refiere usted, profesor, a su poder de organización en común?

—No es eso lo más importante.

—¿Su lenguaje antenal, entonces?

—Eso es muy interesante, aunque no está, ni muchísimo menos, comprobado.

—Excita mi curiosidad, profesor.

Wilke sonrió.

—Lo comprendo, amigo mío. Pero lo verdaderamente importante en la vida de las hormigas es su extraordinaria habilidad como cirujanos.

—¿Eh?

—Lo que oye. Es conocido por todos los entomólogos que una vez que la reina ha puesto varios millares de huevos, estos son transportados cuidadosamente por las «obreras» a las cámaras especiales donde son depositados. ¿Entiende?

—Sí.

—Pero más tarde es cuando comienza lo verdaderamente extraordinario. Hoy estamos seguros de que las hormigas «calculan» el número de individuos de cada clase que necesitan para el año que sigue a la puesta de huevos.

—¿Quiere usted decir que hacen un censo de la población?

—Así es, pero un censo futuro. Y una vez que lo han establecido matemáticamente, sabiendo la cantidad de individuos que necesitan de cada casta: guerreras, obreras y reinas, proceden a obtenerlos de las larvas, que poseen todas la misma constitución biológica.

—No entiendo demasiado...

—Un momento. Ciertas hormigas, de la clase de las guerreras, cogen las larvas y realizan en ellas una verdadera intervención quirúrgica; es decir, pinchan ciertos centros nerviosos y vitales, provocando así un crecimiento distinto para cada larva; unas serán obreras, otras guerreras y, las menos, reinas.

—¡Es fantástico!

—Lo parece, ¿eh? Pues ahí reside la incógnita terrible de las hormigas. Si hacen esto con un cerebro limitado, mediocre, encerrado en la caja de su cráneo quitinoso... ¿qué no harían de poder desarrollar su encéfalo como lo hemos logrado nosotros?

—Para el hombre también tiene limitación de crecimiento, puesto que el cráneo rodea así nuestro encéfalo.

—No lo crea, amigo. El cerebro del hombre crece muchísimo más que el de los insectos y, además, debido a la blandura del cráneo durante las primeras edades, sigue aumentando de tamaño y de peso, sin contar con que, replegándose sobre sí mismo gracias a las circunvalaciones, posee una superficie tremenda...

—Es cierto.

—Por el contrario, en las hormigas, la esfera de quitina cierra ya desde el comienzo el espacio cerebral, limitándolo definitivamente.

—Comprendo.

—Si consiguiéramos dilatar esa masa nerviosa, la hormiga podría alcanzar una mentalidad que ni siquiera podemos imaginar.

—¿No sería peligroso?

—No.

—¿Por qué?

—Porque nuestras experiencias se limitan, como ya usted puede imaginarse, a un par de docenas de individuos. Y si viéramos algo verdaderamente peligroso, la destrucción de unas cuantas hormigas seria singularmente sencillo.

—Ya veo.

—Y ahora, permítame que prosiga trabajando con mis ayudantes. Mi hija Patricia les enseñará el laboratorio y podrán sacar tantas fotos como quieran.

—Es usted muy amable, profesor.

—Deseo que el público esté informado: eso es todo. Por lo demás, me gustaría darles unas esperanzas que la seriedad científica no me permite conceder a la prensa.

—Muchas gracias, de todos modos.

Se despidieron del equipo del profesor, siguiendo a la muchacha, que les hizo recorrer detenidamente el laboratorio.

El profesor volvió a su trabajo, pero Stanley no pudo concentrarse. De vez en cuando miraba a la muchacha, mordiéndose los labios de rabia al verla reír de lo que aquellos periodistas le decían, sobre todo el que había hablado con el profesor.

¡Maldito!

Nunca había experimentado odio con la intensidad del que le dominaba en aquellos momentos. Porque jamás había visto reír a Pat de aquella manera y al verla tan feliz, tan intensamente dichosa junto al periodista, cerró los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos, prometiéndose hacer lo que fuese para que nadie —nadie más que él— pudiera escuchar la risa cantarina de la muchacha.

CAPÍTULO III

Larson esperó tres días.

Y cada uno de ellos cargó aún más de tristeza y congoja su corazón ya desgarrado. Cada noche, cuando abandonaba el laboratorio, no se alejaba ya como antes, sino que tomaba un taxi para seguir al coche del profesor, viendo como este se detenía ante la puerta de la casa. Patricia besaba a su padre y se marchaba, alegre como un pájaro, para encontrarse un poco más allá con el periodista, que la esperaba junto a su auto.

Tres veces asistió a aquel encuentro y la última, sin poder ya más, dio al chofer la dirección del pequeño bar al que había faltado desde el día de la visita de los periodistas al laboratorio, sin saber exactamente por qué.

Se sentó ante la mesa de costumbre, pidiendo una botella y empezando a beber silenciosamente, esperando que su amigo llegase. Ahora necesitaba su apoyo más que nunca y no perdía de vista la puerta por la que, de vez en cuando, entraba o salía algún cliente.

Al ver llegar a Charles, sus ojos, cargados ya por el alcohol consumido, brillaron con una mayor intensidad. Y estrechó con fuerza la mano que el otro le tendía.

—¡Hola, amigo!

—Hola, Larson. —Después de sentarse, preguntó—: ¿Qué ha sido de ti todos estos días?

Stanley terminó de beber lo que le quedaba en el vaso; luego, mirando al otro con voz cargada de emoción, pidió:

—Necesito que me ayudes, Charles.

—¡Naturalmente!

—¿Lo harás?

—¿Por qué no? Pero, ¿qué te ha ocurrido?

Larson le contó sus cuitas, llenando de maldiciones sus frases.

—Tenías mucha razón —dijo luego—. Ha bastado que un hombre distinto se presentase para que ella fuese hacia él, atraída como una mariposa por la luz.

—No te preocupes. Volverá a ti en cuanto se dé cuenta de tu valor.

—¿Y qué vamos a hacer?

—He pensado mucho en los trabajos que estás haciendo con el profesor. Y creo que puedo proporcionarte lo que necesitas.

—¿El qué?

—Conozco una sustancia capaz de evitar que el cerebro de las hormigas limite su tamaño, permitiendo al mismo tiempo un desarrollo normal del resto del cuerpo.

—¿Es cierto?

—Sí.

—¿Y cómo sabes tú esas cosas?

—Eso no importa, Larson. ¿Quieres que te ayude o no?

—¡Claro que quiero!

—Pues bien. Vas a tomar nota de una fórmula que voy a proporcionarte. Pero tienes que prometerme no beber más. Necesitas la mente fresca para prepararla.

—Bien.

—Toma nota.

Larson sacó un bloc y una pluma. Y el otro le dictó una complicada fórmula, deteniéndose para darle las cantidades exactas de cada sustancia que la componían.

—¿Es esto? —inquirió Stanley cuando el otro hubo acabado.

—Sí.

—¿Y qué debo hacer?

—Muy sencillo. Prepararás un centenar de centímetros cúbicos de esta sustancia y los echarás en las cubetas de las larvas. Ya verás los resultados.

—¿Tardarán mucho en presentarse?

—No, si, como espero, lo haces esta misma noche; mañana por la mañana podrás asombrar al profesor con tu descubrimiento.

—¡Formidable!

Charles preguntó:

—¿Estás contento?

—Muchísimo. ¿Cómo podré pagarte este favor, amigo?

—De ninguna manera. Yo soy también un enamorado de la ciencia, pero nadie quiso escucharme.

—¡La humanidad está llena de ingratos!

—Y que tú lo digas.

Escapando a la acción del «whisky», Larson se sentía ganado por una emoción que crecía por momentos. Hasta que, sin poder aguantar más, se puso en pie.

—¡Me voy al laboratorio! —exclamó.

El otro sonrió.

—Ya veo que estás impaciente, ¿eh?

—Sí. Ardo en deseos de demostrar mi superioridad. Y cuando ella vea que he conseguido llegar hasta donde su padre no ha logrado vendrá a mí y abandonará a ese imbécil de periodista.

—No lo dudes.

Larson tendió la mano a su amigo.

—¡Hasta mañana, Charles!

—¡Adiós!

Cuando Larson hubo abandonado el local, Charles también lo hizo, marchando con paso rápido hacia las afueras de la ciudad. Una vez allí, tomó una importante carretera, desviándose después por un camino que había a la derecha.

No tardó mucho en llegar junto a una espesa zona de verdura en la que las zarzas formaban una verdadera barrera de una densidad sorprendente. Y se detuvo.

Después de mirar a un lado y otro, para comprobar que nadie podía verlo... ¡atravesó la capa de verdura espinosa sin que ni una hoja se moviese a su paso! También pasó por una capa blancuzca antes de encontrarse ante tres hombres como él, sentados sobre una especie de taburetes metálicos del mismo color que las paredes, llenas de aparatos que los rodeaban.

Uno de ellos, apenas sin mover los labios, preguntó:

—¿Qué hay?

—Creo que lo hemos conseguido esta vez.

—Era hora. Lo hemos intentado de mil maneras, pero siempre fracasamos.

—Porque el hombre intuía nuestra verdadera esencia. Sólo alguien al que el alcohol hubiese quitado su barrera de defensa pocha dejar de verlo.

Otro movió la cabeza y con voz profunda:

—¡Lástima que no hayamos podido ayudarles nosotros mismos!

—Era imposible —replicó Charles—. Nosotros hemos llegado a un estado especial, puramente mental, sin acción posible sobre las cosas. Como les hubiese ocurrido a ellos de haberse liberado de este planeta.

—¡Ahora van a ser libres!

—Sí. Y nosotros regresaremos. Porque nada más podremos hacer por ellos... por nuestros hermanos.

—Este es el último planeta del universo en que están en estado de esclavitud. Debió de producirse su detención evolutiva por causas misteriosas, cosa de la que se aprovechó la especie humana.

—De todos modos —intervino Charles—, volveremos de aquí a unos meses para ver la marcha de nuestra liberación. Pueden presentarse problemas con los que no contamos ahora.

—Tienes razón. Pero ahora, vámonos... ¡ya estoy harto de esta materialización absurda!

* * *

En su marcha por las calles oscuras, Larson sonreía. Jamás se había sentido tan dichoso. Y si la premura por llegar al laboratorio había estado a punto de hacerle tomar un vehículo, logró dominarse, diciéndose que deseaba gozar plenamente de aquello que ya tenía en la mano y que iba a convertirlo en un hombre digno del amor de la mujer a la que idolatraba.

Cuando llegó al laboratorio sacó el llavín que como todos los ayudantes poseía y penetró en el edificio silencioso y oscuro. A tientas, para no llamar la atención desde fuera, se dirigió hacia el ascensor, subiendo a la planta en la que estaban situados los laboratorios de bioquímica, dos pisos más arriba del que utilizaba el profesor Wilke.

Una vez allí, encendió todas las luces y se puso una bata para empezar a trabajar.

Sentía fiebre.

Era como si algo interno le empujase con una fuerza indomable a preparar lo antes posible la fórmula que su misterioso amigo le había proporcionado. Sacó el cuaderno y empezó a mezclar los ingredientes, después de pesarlos cuidadosamente en una báscula electrónica que allí había.

Una a una, las sustancias integrantes de la fórmula se fueron agregando hasta que Larson obtuvo una solución fluida, transparente y límpida, que contempló a contraluz en el tubo de ensayo que sostenían sus temblorosos dedos.

Sonrió, pues iba a convertirse en un hombre célebre y famoso.

Salió del laboratorio de bioquímica y descendió por la escalera, despreciando el ascensor. Momentos después penetraba en su propio laboratorio, cuya luz encendió, dirigiéndose después hacia los autoclaves donde el profesor guardaba las larvas de experimentación. El interior del autoclave estaba dividido en cuatro partes, cuatro recipientes idénticos que encerraban distintas clases de larvas, unas en estado más avanzado que otras, pero todas sin quitina.

Larson miró a las más grandes, que peleaban contra la desecación y que estaban condenadas a morir, ya que jamás podrían alcanzar el estado de hormigas adultas.

Con gran cuidado vertió el contenido del tubo de ensayo en aquel recipiente.

El corazón le latía con intensidad y una emoción indescriptible se había apoderado de él.

Permaneció allí largos minutos sin poder ver nada.

Y finalmente, cansado por todo lo que había sucedido aquella noche, se retiró hacia uno de los ángulos del laboratorio, dejándose caer en el sillón que siempre había ocupado el profesor en sus momentos de descanso.

En aquellos momentos, las ideas científicas de lo que podía ocurrir en el autoclave huyeron de su mente, dando paso a las que estaban consagradas a Patricia.

La vio acercarse a él de puntillas, silenciosamente, recorriendo el laboratorio en una danza de *ballet,* llena de encanto, moviéndose al ritmo de una música inexistente.

Luego se detuvo a su lado, puso una de sus manos sobre el hombro y se inclinó delicadamente hasta posar sus frescos labios en su frente ardiente. La niebla se hizo más densa alrededor de Larson...

* * *

Ikson se desperezó.

Contrayendo sus poderosos músculos, hizo vibrar la cubierta quitinosa que le servía de caparazón, pero por encima de las mandíbulas aquella sustancia era débil, delicada, como una película, sin limitar ya más el crecimiento de su poderoso cerebro.

Seguía siendo una hormiga, pero, al mismo tiempo, había dejado de serlo. Y las cosas se le aparecían con una claridad portentosa, pudiendo actualizar lo que deseaba.

Por ejemplo, nada más empezó a moverse se dio cuenta del lugar en que se encontraba, presintiendo la presencia de aquella criatura que estaba fuera, dormida; despreciable ser, cuyo valor mental no tenía ni que tenerse en cuenta.

Pero...

Prolongando su «sonda mental», Ikson se percató de que aquel primer desprecio que había experimentado por la criatura que dormía no era lógico ni sensato.

Millones de seres como aquel estaban al otro lado de las paredes del laboratorio, organizados maravillosamente y, sobre todo, con una idea de superioridad que basaban en el poder de su cerebro.

Llegar a la conclusión de que eran los enemigos, los más importantes y terribles enemigos de la Raza, fue para Ikson un juego de niños. Y considerando las cosas desde aquel ángulo, la existencia, la nueva vida que acababa de nacer se le ofreció como llena de rutilantes promesas.

Atson se movió a su lado. Después fueron otros y otros, toda la pléyade que había en aquel recipiente y que era como el nódulo de lo que más tarde iba a convertirse en un verdadero poder.

Cuando la puerta del autoclave saltó, empujada por la potencia de unos músculos que eran capaces de mover objetos cien veces mayores que el cuerpo al que pertenecían, una nueva era para el planeta Tierra acababa de nacer.

* * *

—¿Estás preparada, Pat?

—Un momento, papé. Enseguida bajo.

El profesor sonrió, terminando de llenar la taza de café que tenía sobre la mesa de la cocina. Luego encendió un cigarrillo, oyendo entonces los pasos de la muchacha que estaba bajando por la escalera.

Le rodeó con sus brazos, colgándose a su cuello y besándole.

—¡Buenos días, papá!

—¡Suéltame, locuela! ¿No ves que me estás ahogando?

—Perdona.

—No es nada. Anda, toma tu café.

—¿Tenemos tiempo?

—Un poco.

Ella obedeció, sentándose ante la mesa para empezar a mojar su tostada en el humeante tazón.

El profesor la miraba atentamente.

¡Cómo había cambiado!

En poco tiempo, en poquísimos años, se había convertido en aquella espléndida mujer que ahora tenía ante él y que tanto le recordaba a la que había muerto... a su esposa.

Sonriendo a su padre, Pat dijo:

—No dirás que he tardado mucho, ¿eh?
—No, vamos.
Salieron, y mientras ella cerraba las puertas, el profesor fue hacia el garaje y sacó el coche, que paró ante la entrada del jardín.
Ella se sentó a su lado.
—Cuando quieras, papá.
—Ahora mismo; pero deseaba decirte algo: comprendo lo que te ha pasado, Pat, es tan natural como lógico; pero, ¿estás segura?
—¡Completamente, papá!
—No sé, lo conoces hace tres días. Y tu entusiasmo, francamente, me da un poco de miedo.
—No debes tener miedo alguno, padre.
—¡Ojalá sea así!
—No puedo estar equivocada, papá. Alan es lo que yo andaba buscando desde hace mucho tiempo.
—¿Y los otros dos?
—¿Quiénes?
—Hiller y Larson, hija mía; mis ayudantes. Yo no estoy ciego y sé que se sienten atraídos hacia ti.
—Yo no sabía nada, papá.
—Pues yo sí, Pat. Sobre todo Larson.
—¿Larson?
—Sí. Hay que estar ciego para no ver con qué intensidad te sigue con la mirada.
—Siempre lo he considerado como un amigo, papá.
—Lo comprendo.
—Además —protestó ella—, jamás me dijeron nada ni hicieron alusión alguna a sus sentimientos. Han estado aquí, en casa, mil veces, han bailado conmigo al igual que con mis amigas; pero nunca dijeron nada...
—Son dos estudiosos, no lo olvides.
—¿Y qué quiere decir eso?
—Que son tímidos por naturaleza.
Ella lanzó una carcajada.
—¡No me hagas reír, papá! La timidez, cuando un hombre desea decir algo importante, se deja a un lado. ¡Y no digas que Larson es un tímido! Muchas veces ha discutido contigo y algunas casi faltándote al respeto.
—Es un apasionado.
—Por eso mismo, si sabe defender sus puntos de vista con tanto fuego, ¿por qué no iba a hacerlo si deseaba decirme algo? Me miran como a una amiga, va verás cómo admiten mi punto de vista cuando les comunique, de aquí a unos días, mi compromiso con Alan.
—¡Pero si apenas le conozco!
—Ya lo conocerás, papá. Le he invitado esta noche.
—¡Está visto que voy perdiendo el mando, Pat!
—¿No te gusta?
—Claro que sí... ¿vamos?
—Sí.
Puso el coche en marcha, dirigiéndose hacia el centro de la ciudad.
—Buena temperatura para las larvas —comentó el sabio.
—¿Crees que habrán avanzado las del lote de autoclave?
—No lo sé, querida. Es una lástima que, cuando nos parece haber obtenido algo

verdaderamente positivo, esos pobres animales se mueran.

CAPÍTULO IV

Detuvo el coche donde tenía por costumbre; luego, siempre de excelente humor, se cogió al brazo de Patricia y avanzó lentamente hacia la entrada.

—Te aseguro, pequeña —dijo sonriendo—, que me da un poco de miedo quedarme solo.

—¿Qué quieres decir, papá? —se extrañó ella.

—Nada. Quizás sean chocheces de viejo. Pero la verdad es que te echaré mucho de menos el día que te cases.

—¡Cállate, charlatán! Te conozco demasiado para saber que estás intentando el más indigno de los chantajes. ¡Bien sabes que, si me caso, cosa aún bastante lejana, jamás te dejaré solo!

—Lo sé, Pat.

Habían llegado a la entrada y, como siempre, eran los primeros, ya que el viejo conserje llegaba más tarde.

—Vamos —dijo.

Pero no dijo más.

Se quedó allí, en el dintel, viendo la silueta humana que avanzaba hacia él. Enseguida, casi al mismo tiempo, vio lo «otro».

Y se estremeció de pies a cabeza.

—¡Atrás, Pat! —gritó, aterrado.

La muchacha retrocedió, pero él se quedó allí, hasta que Stanley estuvo a su lado. La expresión de su ayudante era indecible. Parecía como si alguien le hubiese quitado el alma, arrancándosela de cuajo.

Percatándose claramente del peligro, el profesor alargó su mano, cogiendo al joven del brazo y llevándoselo fuera. Tuvo, no obstante, la presencia de ánimo suficiente para cerrar la puerta con llave antes de que la masa que se arrastraba por el suelo llegase hasta él.

Llevándose a Larson del brazo, apretó el paso hasta llegar al coche. Una vez allí abrió la portezuela posterior y empujó a su ayudante, penetrando él después no sin decir a Pat que cogiese el volante.

—¡Vamos al hospital, pequeña! ¡Aprisa!

—Pero, ¿qué ha ocurrido?

—No lo sé. ¡Vamos, Pat! No perdamos tiempo.

Arthur miró a Larson.

Preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, Stanley? ¿Qué hacía usted a estas horas en el laboratorio?

Larson no contestó, mirando a su superior con una mirada vacía.

Cuando la joven detuvo el coche ante el hospital, el profesor no perdió ni un segundo, llevando del brazo a Larson, que le seguía como un autómata. Y nada más entrar en el edificio, Wilke preguntó a la enfermera recepcionista por el doctor Olso, al que conocía íntimamente.

—El doctor acaba de llegar. Voy a avisarle.

—Dese prisa, por favor, señorita.

Momentos después, una enfermera les guiaba, haciéndoles tomar un ascensor que les condujo al piso donde el médico tenía su despacho.

Albert Olson era un hombre bajito, menudo, simpático, atractivo, pero con una mirada penetrante en unos ojos claros que no parecían nunca estar en reposo.

Estrechó la mano de Arthur y saludó amablemente a Pat, mirando luego con un interés puramente profesional a Larson.

Wilke le explicó someramente lo ocurrido, mostrándole una incisión que su ayudante tenía en la nuca. El doctor condujo a Larson a su cama de observación, tendiéndole en ella y examinándole con todo cuidado. Tardó bastante tiempo en incorporarse. Luego, con un tono de voz solemne y al mismo tiempo admirativo, exclamó:

—¡Es curioso!

—¿El qué?

—Ningún neurocirujano hubiese hecho esto con la limpieza que ha sido realizado.

—¿De qué se trata, doctor?

—De una encefatomía fantástica. Este pobre joven ha sido desprovisto de todas las fibras voluntarias del cerebro. Han seccionado limpiamente los haces de materia gris y separado definitivamente la inteligencia de sus medios normales de expresión.

—Lo que quiere decir...

—...Que es incapaz de pensar y reaccionar ante cualquier cosa.

Patricia se estremeció.

—¡Qué horror!

Pero el profesor, mirando fijamente al doctor, explicó:

—Han sido las hormigas. No me cabe la menor duda.

Olson frunció el ceño.

—¿Las hormigas?

—Sí. No hay cirujanos como ellas. ¡Y están en libertad! ¡Hay que hacer algo!

Miró a Larson, después al doctor y preguntó:

—¿Puedo guardarle aquí, doctor?

—¡Naturalmente!

—Yo voy a denunciar el caso. ¡Hasta ahora! ¡Vamos, Pat!

Abandonaron el hospital y volvieron al coche, que ahora condujo el profesor apretando el acelerador y saltándose los semáforos hasta detenerse ante el palacio del gobernador.

Patricia estaba alarmada.

—¿Qué vas a hacer, papá? —inquirió, con la voz cargada de angustia.

—Tengo que cumplir con mi deber, pequeña. Tú quédate aquí.

—¡Eso no! ¡No me separaré de ti!

Penetraron en el edificio, hablando con uno de los agentes que había en la entrada. Wilke fue parco con él, pero le hizo entender que el asunto que le llevaba allí era gravísimo y de primerísima importancia.

Consiguió lo que se proponía y, momentos más tarde, eran introducidos en el despacho del gobernador.

El profesor habló lentamente, por orden, explicando al gobernador todo lo que había ocurrido, desde el principio.

—Yo no sé, excelencia —añadió después—, cómo se ha producido esa transformación masiva de hormigas, ya que, como le dije a usted antes, habíamos previsto una pequeñísima cantidad para el experimento. Pero lo cierto es que tal cosa ha ocurrido y que el peligro es grande.

El otro sonrió.

—Cálmese, por favor, profesor. Creo que exagera un poco. Porque, ¿qué pueden hacer unos cientos de hormigas, por muy feroces que sean?

—Mucho, señor. No olvide que no son hormigas corrientes, sino seres extraños que poseen un cerebro cuyo potencial no podemos ni calcular. Ya le he dicho lo que han hecho con uno de mis ayudantes. Lo han operado y le han convertido en un autómata. Pero esto no

es más que el principio.

—¿Qué propone usted hacer?

—¡Destruirlas, señor!

—¿Cómo?

—Con un insecticida potente. Pero antes han de tomarse todas las medidas encaminadas a impedir que salgan del Instituto. Confinadas allí, podremos dominarlas y destruirlas.

—Comprendo. Voy a dar las órdenes oportunas.

Extendió el brazo, apoderándose del teléfono que tenía sobre la mesa. Momentos después golpeaba la horquilla, con el ceño fruncido.

—No funciona —dijo.

Apretó un botón del cuadro que tenía al lado y al instante se presentaba un empleado.

—¿Qué ocurre con el teléfono? —inquirió.

—No lo sabemos, excelencia. Nos hemos dado cuenta de que las líneas no funcionaban y hemos enviado un motorista a la Central Telefónica. No tardarán en arreglarlo.

—Bien. Por el momento, envíe un grupo de coches y motos al Instituto de Entomología. Que rodeen el edificio sin dejar entrar a nadie. Ordene también que preparen fumigadores con DDT y que dispongan lo necesario para proceder a una desinsectación intensa en el Instituto. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor.

Salió el hombre y el gobernador, después de haber ofrecido un cigarrillo al profesor, encendió el suyo.

—Pronto estará resuelto este problema —dijo.

—Así lo espero, señor. Yo soy el único culpable y estoy dispuesto a cargar con toda la responsabilidad.

El gobernador sonrió.

—¡Vamos! ¡Vamos! No exageremos, profesor. Un pequeño experimento puede, en efecto, causamos ciertas molestias, pero no debe tomarlo tan a pecho. Dentro de un par de horas esas dichosas hormigas habrán sido aniquiladas y usted podrá reemprender sus trabajos, con un poco más de cuidado y tomando precauciones que eviten que se repitan estas cosas. Pero eso es todo.

Arthur suspiró.

Quería creer a ojos cerrados en las palabras que estaba pronunciando el otro, pero la verdad era que el gobernador no podía comprender la realidad del peligro que podía producirse.

—¿Me permitirá usted acercarme al Instituto, señor? Desearía seguir de cerca las operaciones de destrucción y colaborar, en lo posible, con los hombres que van a llevarla a cabo. No estaré tranquilo hasta que todo haya terminado.

—Lo comprendo. Vaya, profesor, vaya. Y por lo que más quiera, no haga una montaña de un simple grano de arena.

Cogido por el brazo de su hija, Arthur abandonó el edificio, dirigiéndose al coche que habían dejado a la puerta.

—¡Es horrible! —exclamó cuando salían.

—No debes ponerte así, papá. Ya has oído al gobernador. También creo yo que exageras un poquito.

Wilke no dijo nada más.

Se puso al volante de su coche y condujo apresuradamente hacia el Instituto. A su llegada comprobó que los vehículos de la polida y de los bomberos rodeaban ya el edificio por todas partes.

No habían empezado aún a lanzar los chorros del potente DDT, pero estaban preparando

los tanques cargados con el mortífero polvo.

De nada le sirvió al profesor hacer gala de su identidad. No pudo pasar el cordón policiaco que se había establecido a unos doscientos metros de la entrada del edificio.

Wilke se puso furioso y Patricia tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para calmarlo.

—Pero compréndelo, papá. Ellos han tomado en sus manos las riendas de la operación y no quieren permitir intromisiones de ninguna clase.

—¡Son unos testarudos! Yo puedo ayudarles, guiarles, darles consejos valiosos... ¿No comprendes que sería culpa mía si ocurriese alguna desgracia?

—No ocurrirá nada, papá.

—Así sea; pero, de todos modos...

—¡Hola, profesor!

La llegada de Alan, al que seguía dócilmente Fred, interrumpió la frase que Wilke iba a decir. Estrechó calurosamente la mano a los dos periodistas, que también saludaron a la muchacha.

Y Alan, llevado por su afán informativo, exclamó:

—¡No sabe cuánto me alegro de haberles encontrado! ¿Qué ha ocurrido exactamente, profesor? Porque lo que hemos oído está lleno de contradicciones.

Wilke se lo explicó.

—Entonces... ¿ha logrado lo que deseaba?

—No lo sé, amigo mío. En realidad, yo no esperaba esto. Con franqueza, lo ocurrido ha sobrepasado todos mis cálculos.

—¿Y cree que esas hormigas serán capaces de darnos un disgusto?

—Lo ignoro. En principio, poseen un cerebro superior al que han tenido hasta ahora. No existiendo el recubrimiento de quitina que limitaba su crecimiento están en poder de algo que podría llegar a ser verdaderamente horrible.

—Comprendo.

—Tiene usted suerte, joven. Porque yo no entiendo absolutamente nada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que me estoy preguntando incesantemente cómo han podido salir del autoclave.

—¿Estaba cerrado?

—Herméticamente.

—Pero usted ha dicho que su ayudante estaba en el Instituto.

—¡Ese es otro de los problemas! ¿Qué hacía Stanley en el laboratorio? Por lo general era de los últimos en llegar. Además, sabía que estaba completamente prohibido tocar los lotes de larvas del autoclave. ¡Francamente, no lo entiendo!

Intervino Patricia:

—Pronto acabarán tus preocupaciones, papá. Inteligentes o no, las hormigas no dejan de ser insectos y no podrán resistir a la lluvia del mortífero DDT que va a caerles encima de un momento a otro.

—¡Eso es cierto! —exclamó Alan—, ¿No es verdad, profesor?

—Indudablemente. El poseer un cerebro superior no deja que el organismo de las hormigas siga siendo el mismo de siempre. No hay duda que el DDT las destruirá.

Alan dijo:

—Veremos si entonces nos dejan acercamos para hacer unas fotos.

Wilke no dijo nada, a su lado Patricia charlaba con Alan.

—Pobre papá —le dijo en voz baja—. No puedes imaginarte la preocupación que tiene. Hasta el gobernador le rogó que no se alterase tanto.

—Lo comprendo, Pat. Tu padre cree haber desencadenado una catástrofe enorme. Eso ocurre comúnmente a los sabios, se imaginan que sus trabajos poseen siempre una

repercusión universal.

—¡Mírale! Está sufriendo ahora.

—¿Por qué?

—¿No lo comprendes?

—No.

—El desearía poder guardar un par de hormigas vivas para poder estudiarlas después detenidamente en el Instituto.

—Alguna no morirá. Veré si puedo proporcionarle alguna.

—¡Qué bueno eres, Alan!

—Haría cualquier cosa por la felicidad de tu padre, querida.

Fue entonces cuando un rumor incesante hizo que miraran hacia la entrada del parque que rodeaba el Instituto. Abriéndose paso, Alan, seguido por el profesor y la muchacha, lograron colocarse en primera fila junto a los agentes que contenían al público a duras penas.

Miraron hacia el fondo.

Uno a, uno, los hombres que habían penetrado con las mangueras y los picos volvían ahora, como autómatas, andando lentamente, sin saber hacia dónde se dirigían, sin hacer caso alguno de lo que sus compañeros les decían.

—¿Qué es eso? —inquirió, Alan.

—Nuestra primera derrota —repuso el profesor—. ¡Las hormigas han atacado, reduciendo a esos desgraciados a meros autómatas!

CAPÍTULO V

La alarma cundió por doquier.

El profesor y su hija regresaron rápidamente al palacio del gobernador. Su coche iba seguido por el de Alan.

Una vez ante el gobernador, encontraron a este en un estado mucho menos optimista que en la ocasión anterior.

—¡Los teléfonos están cortados por todas partes! Nadie puede acercarse a las centrales telefónicas ni tampoco a las emisoras de radio y televisión. Según me han dicho, esa extraña parálisis se extiende rápidamente por la ciudad y ha empezado a atacar los centros neurálgicos de Boston.

—¿Y qué piensa usted hacer? —inquirió Alan.

—Vamos a proceder a una evacuación rápida de la ciudad. Ya se han dado las órdenes oportunas. Es lo mejor que podemos hacer. Yo voy a salir inmediatamente para Washington y me pondré al habla con las autoridades federales. ¡Usted, profesor, vendrá conmigo!

—Haré lo que sea.

—Lo necesitamos para que, con sus colegas del resto del país, estudien la manera de combatir a estos terribles insectos. ¡Tenía usted razón al decirme que eran peligrosas!

—¿Y mi hija, señor?

Alan se adelantó.

—Puede usted confiármela, señor. La pondré a salvo.

—Está bien, amigo mío. De todos modos, espero que se comuniquen conmigo cuanto antes. No estaré tranquilo hasta saber que están fuera de peligro.

—Así lo haremos, señor.

El palacio del gobernador no tardó mucho en vaciarse por completo. Disponiendo de unos cuantos helicópteros, que estaban en la azotea del edificio, la primera autoridad de la ciudad abandonó está en compañía de sus consejeros y del profesor.

En cuanto a las autoridades militares, intentaban aislar la zona, cada vez más amplia, donde la parálisis reinaba como dueña absoluta. El número de afectados por aquella extraña enfermedad crecía por momentos y los soldados empezaban a mostrarse inquietos, deseando que se les diese la orden de abandonar aquellos peligrosos lugares.

Nadie había visto ni una sola hormiga.

Los insectos permanecían completamente invisibles, actuando por sorpresa, en la sombra, sin que nadie pudiera sorprenderlos; mientras, seguían reduciendo la parte hábil de la población a una manada de seres anodinos y paralíticos mentales.

Al salir del palacio del gobernador, Alan llevó a la muchacha a su propio coche.

—¿Dónde vamos? —inquirió ella, una vez sentada al lado de su prometido.

—Vamos a salir de la ciudad. Pasaremos antes por el periódico para ver si han evacuado también el edificio. ¿Preparado, Fred?

—¡Cuando quieras!

El aspecto de las calles era verdaderamente desolador.

Casi todas ellas estaban vacías, desiertas, sin circulación alguna, ya que los vehículos se dirigían rápidamente hacia las salidas de Boston, cargados de gente hasta lo indecible.

Si se veía a alguien era uno de aquellos seres parados, con la mirada vacía, que estaban quietos, inmóviles, como estatuas, mirando sin ver...

Los había de todas las edades y sexos: niños, ancianos y jóvenes. Y todos ellos ofrecían el mismo aspecto desolador.

Cuando llegaron al periódico, Alan bajó del coche. Entró en el edificio y se percató de que la orden de evacuación había llegado ya allí, ya que no halló absolutamente a nadie. Así que abandonó el edificio.

Sólo su coche estaba en la calle y subió a él.

—Se han ido todos —dijo.

—Es natural.

Patricia preguntó:

—¿Vamos a salir ahora de la ciudad?

—Desde luego —repuso Alan Scully—. Aquí ya no hacemos nada.

Puso el coche en marcha y avanzó, dirigiéndose a la calle 32, donde desembocaba una de las autopistas que salían de Boston. Pero de repente frenó en seco, señalando lo que acababa de ver.

—¡Mirad! —exclamó.

La amplia calle estaba completamente negra, pero aquella negrura «se movía» y era como si el asfalto hubiese cobrado vida.

—¡Las hormigas!

Alan cerró los puños sobre el volante, hasta que los nudillos se tomaron blancos.

—¡Ahora veréis de qué manera aplasto a esos asquerosos insectos!

Pero Patricia le sujetó del brazo.

—¡No, Alan! —exclamó.

El la miró y frunció el ceño.

—¿Por qué no, querida?

—Porque sería nuestra ruina. Matarías muchas, sí, pero alguna terminaría por subir al coche y haría con nosotros lo que han hecho con tantos desgraciados.

—Tienes razón.

—Saldremos por la autopista del sur —dijo.

—Cuanto antes dejemos esta ciudad, será mejor para todos. Ya no queda nadie más que nosotros.

Alan apretó el acelerador.

El coche iba lanzado como una exhalación. Llegaban a Wall Square, ya cerca de la autopista sur cuando Scully frenó de nuevo, haciendo patinar las ruedas del coche, que describió una trayectoria sinuosa.

—¡Las hormigas de nuevo!

Se extendía su masa enorme y negruzca ante ellos, ocupando totalmente la anchura de la avenida. ¡Estaban cercados!

No dijeron nada, mirando como hipnotizados la masa oscura que parecía hervir con docena de millares de movimientos rítmicos de las negras patas.

Patricia, que estaba más acostumbrada a la observación de los insectos que sus compañeros, comprendió enseguida que se trataba de hormigas con cerebro libre de quitina. No había más que verlas, con sus cráneos enormes, cubiertos por una especie de capa finísima y transparente que dejaba ver las complicadas circunvoluciones.

—¡Huyamos! —exclamó Fred.

Alan reaccionó rápidamente, haciendo girar de nuevo el coche. No dijo nada, pero siguió un itinerario en el que tenía la esperanza de encontrar una salida.

No lo consiguió.

Cada vez que intentaba salir de la ciudad se encontraba ante la masa imponente de insectos, que, por otra parte, parecían ir ocupando totalmente la ciudad.

Finalmente, y en el centro de Boston, frenó y miró a la muchacha.

—¡No podemos salir, querida! —exclamó.

—¿Y qué haremos?

—Bajar del coche y buscar un refugio lo más seguro posible.

—¿Dónde?

Miró hacia fuera y sus ojos se vieron atraídos por la masa imponente de un edificio de quince plantas que se veía al otro lado de la plaza.

—¿Y si subiésemos allí?

Intervino Fred.

—Me parece muy bien; pero ¿cuánto tiempo podremos resistir allí arriba?

Alan dijo:

—Tienes razón. Tendremos que buscar provisiones y agua para permanecer escondidos hasta que todo esto se arregle. Pero no creo que sea difícil encontrar cosas para comer. ¡Vamos!

Entraron de tienda en tienda y fueron cogiendo cuanto necesitaban. Además de latas de conservas y preparados de vitaminas que tomaron de una farmacia, cargaron con botellas de leche y cerveza.

—Tengo una idea —dijo Alan—. Como los ascensores no funcionan, vamos a buscar una cuerda o un cable.

—¿Para qué?

—Muy sencillo. Tenemos aún un poco de tiempo hasta que las hormigas lleguen aquí. Tenderemos la cuerda por el patio interior y Patricia y tú tiraréis de lo que yo vaya cargando abajo. Así conseguiremos subir al escondite muchísimas cosas que jamás conseguiríamos a pie.

—Muy bien.

Y empezaron a trabajar con entusiasmo. Alan no olvidó nada, apoderándose de un potente telescopio-telémetro en una casa de óptica, así como de un buen montón de bengalas de todos los colores.

Cuando la última cesta empezó a subir por el patio, Alan fue a la escalera, ascendiendo por ella hasta el lugar donde sus amigos le esperaban.

El último piso de aquel edificio debía haber pertenecido a alguien con gusto y dinero, ya que estaba amueblado con lujo y poseía dos dormitorios además de un salón *living,* un cuarto de baño, una cocina y un depósito de víveres que no estaba ni mucho menos vacío.

—Cerraremos las llaves de los depósitos —dijo Alan— para evitar que el líquido escape de aquí. Y así lo tendremos a nuestra disposición.

Luego se acercaron al borde de la azotea desde donde se disfrutaba de una vista espléndida.

—¿Quieres subir mi telescopio? —invitó Alan.

Momentos más tarde y ya instalado el aparato,
Scully echaba la primera ojeada a la ciudad.

—¡Dios mío! —exclamó.

Fred preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Casi todas las calles están completamente negras de esos asquerosos bichos. ¿De dónde habrán podido salir tantos?

—No lo sé.

—Mientras no nos descubran, podremos estar tranquilos; pero, de todos modos, tendremos que vigilar con sumo cuidado.

—Naturalmente.

—Haremos guardia en el piso de abajo, ¿qué te parece?

—Muy bien; pero de noche, ¿cómo podremos ver si llegan las hormigas?

—Tienes razón.

—Nuestra seguridad depende de muchísimas cosas... y ninguna de ellas es lo suficientemente fuerte como para que podamos considerarnos tranquilos. Todo depende de la curiosidad de esos bichos. Si se les ocurre visitar este edificio... entonces estamos perdidos.

Y era verdad.

—No creo que el gobierno nos abandone de esta manera.

—¿Y qué pueden hacer?

—Muchas cosas. Si el gobernador abandonó la ciudad, ordenando la evacuación, es porque pensaba tener las manos libres para actuar contra esta invasión.

—¿Cómo?

—Ya lo verás. Seguro que bombardearán Boston con una cantidad fabulosa de DDT. ¡No quedará ni una sola hormiga!

—Es posible que tengas razón.

—¡Naturalmente que la tengo! Además, el profesor Wilke, que es una verdadera autoridad en insectos, encontrará la manera de destruir a estos. Recuerda que lo hizo con otras plagas y que ha cosechado muchísimos éxitos.

Bajaron al piso, ayudando a la muchacha en la penosa labor que se había impuesto.

—No pasaremos hambre —dijo ella, sonriendo—. Hay aquí comida para un par de meses, sin restricciones de ninguna clase.

—Pero tendremos que adoptar un régimen cuidadoso —dijo Fred—. No olvidad que no tenemos electricidad.

—No importa.

—¡Eh, mirad esto!

Era Alan que les llamaba, y se acercaron al armario que este había abierto en el cuarto de baño.

—¿Qué hay? —inquirió Fred.

—¡Fíjate, amigo! ¡Es fantástico! Dos botes de un kilo de DDT. ¿Te das cuenta de nuestra suerte?

—No te entiendo...

—¡Pero si está clarísimo! Echaremos estos polvos en las escaleras del piso de abajo y así las hormigas no podrán pasar.

Menson sonrió.

—¡Eres un tipo grande, amigo!

No perdieron tiempo, descendiendo al piso inferior antes de que se hiciese completamente de noche. Cubrieron con el polvo de aquellos dos recipientes media docena de escalones, cuidando de no dejar espacio libre para el paso de los insectos.

—Ahora sí que podremos dormir tranquilos —dijo Fred.

Volvieron junto a Patricia, que había preparado un excelente menú. Y como habían tenido la suerte de encontrar algunas velas, se permitieron el lujo, aquella noche, después de cerrar cuidadosamente las ventanas, de comer con luz.

* * *

El doctor Albert Olson recibió la orden de evacuación de su hospital poco después de la visita que recibió y en la que pudo hablar con su antiguo compañero de Universidad, el profesor Wilke.

Olson dispuso la marcha inmediata de todos los enfermos, así como del personal sanitario a sus órdenes. Dirigiendo uno de los hospitales más importantes de la ciudad se vio asistido, por el apoyo de las autoridades, que pusieron a su disposición una considerable

cantidad de vehículos en los que se procedía a la evacuación de los hospitalizados.

Pero para Olson, una vez garantizada la salvación de sus enfermos, lo más importante era ocuparse del que le habían llevado el profesor y su hija.

En verdad, desde el momento en que Wilke y Patricia abandonaron el hospital, Albert se había encerrado con el ayudante del profesor, examinando detenidamente su herida y estudiando la posibilidad de realizar una intervención quirúrgica para volver a unir las fibras de sustancia blanca y gris que habían sido cortadas por las hormigas.

Era un problema apasionante.

Habiendo vivido siempre para y por la cirugía nerviosa, Olson se hallaba ante algo completamente inédito y que llamaba poderosamente su atención de hombre de ciencia.

Una observación detallada de la herida de la nuca de Stanley Larson le llevó a la conclusión de que solo con instrumentos delicadísimos podía haberse realizado la intervención en aquel hombre, penetrando en su caja craneana para llegar a la parte más noble del cerebro y seccionar las fibras que hacían posible la percepción por un lado y la puesta en marcha de la voluntad por otro.

Lewis Colper, su ayudante, no se separó de él.

—Fíjese bien —decía el doctor a su ayudante —en que la hendidura es perfecta y demuestra un conocimiento profundo de la anatomía humana.

—Pero —replicó el otro— ¿cómo es posible que esos animales conozcan la anatomía del hombre?

—No lo sé, pero la conocen. Como acaba usted de ver, amigo mío, la sonda sigue un camino perfecto, pasando junto al bulbo raquídeo, sin tocarle, para llegar a la base del encéfalo y terminar penetrando en pleno cerebro. Sólo conociendo perfectamente el camino, se ha podido evitar el rozar le médula oblonga y provocar la muerte del sujeto.

—Es cierto.

—Estos animales nos demuestran saber lo que hacen. Y si deseo operar a este hombre principalmente, porque lo considero importante por lo que pueda decir, no dejo de pensar en que al hacerlo podremos descubrir una técnica operatoria que ningún hombre se ha atrevido aún a hacer.

Fue entonces cuando les comunicaron que los casas de «parálisis» se multiplicaban constantemente.

—Es la mejor manera de eliminar a sus enemigos —dijo Olson.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Lewis.

—Muy sencillo. Esos animales demuestran una sabiduría sorprendente. Si se lanzasen a una lucha abierta contra los hombres, ¿qué no iba a costarles? Junto a ellos, los humanos son muchísimo más fuertes y poderosos. Utilizando su método, sin embargo, consiguen convertir a sus fuertes adversarios en seres que no pueden hacer nada contra ellos. Esto me recuerda ciertas prácticas, siempre en el campo de los insectos. ¿Ha oído usted hablar de la Mantis Religiosa?

—Sí.

—Ese curioso animal paraliza a sus enemigos seccionando las raíces de los nervios motores, que emergen de los ganglios cerebrales. Convertidas en muñecos paralíticos sus víctimas se dejan devorar vivas, sin poder oponer la menor resistencia a sus devoradores.

—¡Es horroroso!

—Sí, la vida de los insectos está llena de una crueldad que nosotros, los humanos, apenas sí podemos comprender. Por eso, al enfrentarnos ahora con esa clase de seres, dotados por no sé qué misterio de una inteligencia superior, nos encontramos en inferioridad.

—¿Y cómo defenderse contra ellos?

—Ya veremos. Por el momento, devolver la inteligencia y la memoria a este hombre es

lo más importante. No hay que olvidar que él fue quien estuvo en el laboratorio cuando se produjo el fenómeno en las hormigas y que debe conocer parte del misterio que hizo que los insectos saliesen de su estado de larvas experimentales.

—Es cierto.

—Por eso nos lo vamos a llevar fuera de aquí. Y cuando estemos instalados en un lugar tranquilo, estudiaremos la operación que le haga recobrar la memoria y la voluntad.

El doctor, su ayudante y el paciente, salieron de Boston en un helicóptero. Horas más tarde, Olson y Colper estaban instalados en un modernísimo hospital de Washington, con todos los medios a su alcance para poder ensayar la primera intervención intercerebral que el hombre iba a intentar.

CAPÍTULO VI

Dejando las reuniones que los militares tenían con las autoridades civiles, el profesor Wilke, acompañado por su ayudante Lothar Hiller y algunos profesores que se vieron atraídos por los acontecimientos que provocaron el desarrollo cerebral de las hormigas, se retiraron a los laboratorios que les habían sido asignados.

Arthur tuvo que contestar a miles de preguntas que sus colegas le hacían sin cesar, motivados por aquel fenómeno singular. Poco después, ya serenados los ánimos, se hizo necesario empezar a formular un plan de trabajo para encontrar la solución, que los militares reclamaban a grandes gritos.

Al principio, los más atrevidos habían hablado de bombardear Boston, destruyéndola por completo. Pero los gritos de los que sabían que más de sesenta mil paralíticos quedaban en la ciudad lograron apaciguar los ánimos de los que deseaban terminar pronto y «limpiamente» con la invasión de las hormigas.

Fue por esto que se pidió a los sabios que encontrasen una manera rápida y eficaz de destruir las hormigas. Por el momento, los militares se conformaban con preparar un «bombardeo pasivo» con DDT y ya se estaban haciendo los preparativos para poner en marcha un gran número de aparatos, que cubrirían Boston con una nube de la mortífera sustancia.

Mientras, el profesor Wilke y sus colaboradores trabajaban intensamente buscando un medio de destruir los insectos. Pero, al mismo tiempo, atraídos por la grandiosidad de la experiencia, no ocultaban su deseo de hacer lo posible para poder estudiarlos a su guisa.

Se habló de todo. Y cuando Arthur rememoró lo que había leído sobre el profesor Telmer, uno de los profesores de Washington se levantó para interpelar a Wilke.

—Yo poseo el original de esos trabajos, profesor.

—¿Eh?

—Si. Telmer vino de Austria a principios del siglo pasado. Publicó sus trabajos, pero guardó los originales que, por una pura casualidad, cayeron en mis manos. Y junto a sus notas, hay algunas fotos. Una de ellas representa al profesor junto al hombre que le había propuesto la sustancia para lograr el éxito en su empresa.

Arthur se estremeció.

—¿Cómo? ¿Quiere usted decir que tiene una foto de Charles Hulter?

—Sí.

El sabio mandó en busca de los documentos y, momentos después, todos se inclinaban alrededor de la mesa donde se exponían las fotos. Había muchas que mostraban el laboratorio del profesor Telmer, con instalaciones limpias y bien organizadas, así como muestras de las larvas que Telmer había conseguido hacer crecer hasta adquirir un tamaño considerable.

Pero Arthur no tuvo ojos más que para la foto donde estaban los dos hombres.

—¿A qué se debe esta fosforescencia que rodea la figura del visitante de Telmer? —inquirió.

—Lo ignoro. Pero debe ser un defecto de la foto.

—No lo creo. Vea usted que el cuerpo de este hombre parece reducido a puntos, como si existiese una excesiva granulación en la cartulina, cosa que no se observa en el resto de la foto.

—¿Y qué quiere usted decir con esto?

—No lo sé. Recordemos solamente que Telmer no admitió la ayuda de este hombre.

—¡Bah! —exclamó el dueño de las fotos—, Telmer era un espíritu estrecho y

supersticioso.

—Es posible.

Pero Wilke no estaba convencido de ello. Intuía algo extraño y extraordinario en todo aquello, como si el misterio de lo que estaba ocurriendo en Boston estuviese íntimamente ligado a aquella foto y la fosforescencia que se desprendía de la imagen de Hulter.

¿Quién era Hulter en realidad?

De todos modos, por el momento su deber era encontrar la manera de combatir a las hormigas. Y después de explicar a sus colegas lo que había conseguido en otras ocasiones, resumió:

—Creo que debemos buscar un método como los que yo empleé para combatir las plagas de los insectos en los cultivos de toda la Tierra. Si aprovechamos la lucha entre distintas especies de insectos, podremos conseguir un éxito seguro.

—¿Qué propone usted? —inquirió uno de ellos.

—Sencillamente, encontrar un enemigo de las hormigas. Hay un arácnido, por todos ustedes conocido, el *Pophila,* que es un gran devorador de hormigas. Es muy fácil procurarse esas minúsculas arañas, contra las que las hormigas no poseen medio alguno de defenderse. Lanzando un número grande de ellas sobre la ciudad, diezmaríamos a los invasores o acabaríamos con ellos. ¿Qué les parece?

La idea fue calurosamente aprobada y se cursaron las órdenes oportunas para recoger a los arácnidos en todos los campos del país, con el fin de reunir el mayor número posible y prepararlos para ser lanzados inmediatamente sobre la ciudad ocupada por las hormigas.

La gigantesca pelea iba a empezar.

* * *

Doscientos aviones de reacción, todos ellos de bombardeo, despegaron por oleadas de distintos campos de aviación de los Estados Unidos. Iban cargados de grandes bolsas de DDT, en cantidad suficiente para dejar sobre Boston una nube de insecticida que tardaría semanas o meses en desaparecer por completo.

Periodistas de todos los países del mundo, fotógrafos y encargados de las principales cadenas de la televisión mundial, habían conseguido plaza en alguno de los aviones, respondiendo al interés que la Tierra entera experimentaba por lo que estaba ocurriendo en América.

Reuniéndose a unas trescientas millas al sur de Boston, los aparatos, en perfecta formación, pasaron sobre campos y ciudades, atrayendo la admiración de cuantos los contemplaban.

Un mariscal de la aviación mandaba aquella formidable escuadrilla. Las calas de los gigantes del espacio estaban abarrotadas de sacos especiales, hechos con un tejido ligero que se desgarraría al chocar contra el suelo, proyectando con una fuerza enorme el polvo mortífero que contenían.

El triunfo estaba en manos de los hombres.

La masa grisácea de la ciudad apareció de repente en el horizonte y las órdenes fueron dadas a los bombarderos para que se preparasen al lanzamiento. Inclinados sobre los visores, los hombres miraron hacia la tierra, observándola a través de las cuadrículas de sus precisos aparatos matemáticas.

La ciudad había sido dividida teóricamente en doce sectores, que recibirían una cantidad idéntica de DDT. El bombardeo se haría desde seis mil pies de altura y los sacos habían sido lastrados ligeramente para aumentar la precisión de su trayectoria.

Entonces la ciudad era ya casi una mancha enorme en el horizonte visible, y lo

inesperado ocurrió.

Fue como si un terrible infierno se hubiese desencadenado en el espacio.

Saliendo de las bases de lanzamiento, de sus rígidas rampas, proyectiles teledirigidos surgieron de mil puntos distintos de la ciudad, buscando afanosamente, como perros furiosos, los vientres metálicos de los aparatos.

Tomados por sorpresa, los aviones poco pudieron hacer para defenderse; en realidad, recibieron los impactos en pleno fuselaje, saltando en pedazos y poniendo en el aire una nube amarillenta y persistente de DDT.

Sólo dos de los aparatos pudieron escapar de la hecatombe.

Horrorizados los pilotos, junto a los periodistas y fotógrafos, vieron volar en pedazos, desintegrarse en el aire, a sus desdichados compañeros. Ni uno de ellos tuvo la presencia de ánimo suficiente para tomar una sola foto de lo que ocurría a su alrededor, en realidad, ninguno de ellos creyó escapar con vida de aquel tifón de fuego y muerte.

Huyendo desesperadamente, los dos aviones se alejaron a toda velocidad y desaparecieron muy pronto entre las nubes que cubrían la parte alta del cielo.

* * *

Se despertaron muy pronto.

Los dos hombres no hablan conseguido dormir mucho y, lo poco que les derrotara el sueño no estuvo ni muchos menos exento de terribles pesadillas. Muchas veces, en mitad de la noche, Alan se encontró sentado en el lecho, con el cuerpo cubierto de sudor, sintiendo que el corazón amenazaba con escapársele del pecho, mirando a la oscuridad que le rodeaba con los ojos tremendamente abiertos.

Pero la luz del día trajo consigo una especie de serenidad, que les inundó por completo.

—¿Y Pat? —inquirió Fred, poniéndose en pie y desperezándose.

Alan dijo:

—Debe dormir. Déjala. Prepararemos nosotros el desayuno.

—¡Tengo un hambre!

Alan sonrió.

—Lo supongo —repuso—, Pero, antes de dedicarnos al estómago, subamos a la terraza para echar una ojeada. ¿O has olvidado dónde nos encontramos ahora?

—¿Es que quieres quitarme el apetito?

Se dirigieron a la terraza llevándose el telescopio. Una vez instalados allí arriba, el periodista examinó detenidamente las calles y las plazas que rodeaban el edificio.

—¡Es curioso! —exclamó, momentos después.

—¿El qué?

—No se ve ni una sola hormiga.

—¿De veras?

—Compruébalo tú mismo.

Fred tomó el aparato y comprobó que su amigo tenía razón; pero, de repente, surgió lo imprevisto.

—¿Eh? ¿qué es eso? —gritó Alan.

—¿A qué te refieres?

Pero Fred no escuchaba. Había soltado el aparato y empezado a bailar como un loco.

Gritaba:

—¡Estamos salvados! ¡Estamos salvados!

Alan se apoderó del aparato y echó una ojeada hacia el lugar que había llamado la atención a su amigo.

Se estremeció.

Porque acababa de ver desembocar en la plaza a un grupo de soldados americanos, con un casco y armados hasta los dientes. Estuvo a punto de experimentar la misma alegría que su amigo, pero sus ojos se fijaron con más detenimiento en los hombres de armas.

Y por eso se estremeció.

Era suficiente mirar sus rostros, con aquella expresión inolvidable de abandono y lejanía que había en sus ojos.

—¡Fred!

—¿Qué?

—Te has equivocado, amigo mío.

—¿Eh?

—Sí. Son autómatas.

—¡No!

—Mira tú mismo.

El otro obedeció. Y cuando separó su rostro del objetivo, la expresión había cambiado por completo.

—Tienes razón, pero ¿qué demonios significa todo esto?

Volvió a coger el telescopio e hizo girar el sistema de objetivos hasta colocar el de mayor número de aumentos. Los rostros se agrandaron, pero no era aquello lo que interesaba a Alan. Por desgracia, los cascos, incluso vistos por detrás, dificultaban tremendamente la visión. Pero tuvo la suerte que uno de aquellos desdichados se agachara para coger una cantimplora que se le había desprendido del cinturón. Y como lo hizo de espaldas a la terraza, Alan pudo, por fin, obtener una visión completa de lo que deseaba ver.

La nuca.

Allí estaba, pegada a los cabellos del hombre, con sus seis patas negras agarradas al cogote del desdichado y su monstruosa cabeza hundida en el orificio que el periodista conocía tan bien, una de esas asquerosas hormigas.

—¡Qué asco!

—¿Qué ocurre?

—Ahora se explica todo —repuso Scully—. Las hormigas son las que dirigen a esos desdichados. Han metido su cabeza en el orificio que abrieron para quitarles la voluntad, y ahora la controlan ellas mismas.

—¡Pero es horroroso!

—Ahora está claro el porqué dejaron con vida a los hombres. Pensaban utilizarlos a su favor, ¿pero cómo?

—¿No estarán formando un ejército para luchar contra el resto del mundo?

—No. Es imposible. Serian destrozados nada más empezar las hostilidades.

Fred preguntó:

—¿Entonces?

—No lo sé.

Y después de una pausa, tras recoger el aparato óptico, Alan dijo:

—Vamos abajo, Fred. Pat debe de estar despierta.

Y así era.

Pero la muchacha, quizás intentando alejarse un poco de la tristeza de la realidad, se afanaba en la preparación del desayuno.

Alan se acercó y la besó.

Dijo:

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien?

—Regular. ¿Y vosotros?

—Así, así...

Alan guiñó el ojo a su amigo, previniéndole para que no contara nada de lo que acababan de ver. Después de haberse aseado, se sentaron a la mesa y empezaron a comer.

—Lo que más me preocupa —dijo ella después de unos instantes de silencio— es mi padre. No tiene noticias mías y debe de estar preocupado.

—Sí —repuso Alan—; pero no podemos hacer nada para prevenirle. De todos modos, y como hablábamos hace unos instantes Fred y yo, no creemos que tarden mucho tiempo en liberarnos.

—No lo dudo.

Hubo un nuevo silencio.

Realmente, tanto Fred como Alan no podían olvidar lo que habían visto desde la terraza y hacían mil conjeturas distintas para responder a las preguntas que su ansiedad les formulaba.

—¿No oís nada? —inquirió Patricia de repente.

—¿Eh? —exclamó Alan, saliendo bruscamente de su ensimismamiento.

—¿No oyes nada?

—¿El qué?

—Escuchad...

Se callaron, prestando atentamente oído. Poco a poco, un rumor lejano, que fue convirtiéndose en un silbido agudo, llegó hasta ellos.

—¡Aviones! —exclamó Fred.

—Sí.

—¡Vienen a liberarnos!

—Un momento. Subamos a la azotea.

Subieron corriendo. Y Alan se llevó el telescopio.

Una vez instalado el aparato, lo orientó hacia la fuente del ruido, no tardando en ver la nube de aparatos.

—¡Santo Cielo! —exclamó—. ¡Qué cantidad de aparatos!

Fred se inquietó.

—¿Crees que vendrán a bombardear?

—¡Naturalmente!

—Pero...

Alan se volvió sonriente hacia su amigo, cuyo rostro había perdido bastante color.

—¡No seas estúpido, Menson! ¿Es que no te das cuenta de que, si nos bombardean, lo harán con DDT?

—¡Ah! Es verdad... ¡Qué idiota soy!

Rieron los tres.

Patricia se había colocado ante el aparato y observaba los aviones, que se iban acercando.

—Eso significa el final de nuestras angustias —dijo Alan, hablando con su amigo—. Nos encerraremos en el cuarto y cerraremos ventanas y puertas para impedir la molestia de la nube de insecticida; luego saldremos fuera, ya que esa sustancia pesa bastante y tendremos en la terraza un lugar espléndido para respirar el aire puro de la ciudad.

Fred exclamó:

—¡Voy a hacer unas fotos!

—Tienes razón. ¡Corre!

Fred se fue y regresó segundos más tarde, manejando su cámara.

—¿No crees que irán muchachos de la prensa en los aparatos? —inquirió Alan.

—No importa. Sus fotos serán menos importantes que las nuestras. No olvides que si

alguien ha de hacer un reportaje sensacional seremos nosotros, ya que somos los únicos seres no «paralíticos» que hay en la ciudad...

—Es cierto.

Fred filmaba a gusto.

Pero, bruscamente, el silbido de los proyectiles les envolvió por entero y la muchacha corrió instintivamente a refugiarse en los brazos de Alan.

Fred siguió filmando, pero su rostro tenía el color de la cera.

Allá arriba, en el cielo, donde los aviones eran ya perfectamente reconocibles a simple vista, se desencadenó un infierno horrible y el espacio pareció cubrirse de fuego y desolación.

—¡Qué horror!

Alan apretó a Pat entre sus brazos.

Y mirando el espeluznante espectáculo que tenía ante sus ojos, apretó los dientes, pensando que seres como él, hombres de carne y hueso, estaban manejando los proyectiles, lanzándolos contra sus hermanos.

Claro que aquellos hombres habían dejado de serlo. Por algo llevaban, en su nuca, el infernal dueño que dominaba su pensamiento.

CAPÍTULO VII

Al atravesar los invisibles hilos de las células fotoeléctricas, las puertas se abrieron dócilmente ante él hasta que llegó a la habitación del fondo, donde estaba el paciente.

Colper, su ayudante, volvió la cabeza al oírle entrar.

—Buenos días, Lewis. ¿Alguna novedad?

—Buenos días, doctor Olson. Usted lo verá.

Albert se acercó al lecho, echando una ojeada al sistema de complejos aparatos que rodeaban la cabecera del paciente; pero solo uno le llamó la atención y observó el rodillo del electroencefalógrafo en el que se iba dibujando una línea quebrada de intensidad creciente.

—El ritmo parece normal —dijo con un murmullo.

—Sí. Desde hace ya muchas horas, este se ha normalizado por completo. Lo que quiere decir que las conexiones han sido logradas.

Olson esbozó una sonrisa.

—Ha sido un trabajo difícil, amigo mío. Pero los cortes de las fibras y haces hechos por las hormigas estaban, para nuestra suerte, minuciosamente realizados, como llevados a cabo por un finísimo «micrótomo». Esto ha permitido que pudiésemos «soldarlo» todo con precisión.

—¿Cree usted que la recuperación intelectual será completa?

—Confío en ello.

Hubo un silencio.

Olson echó una detenida ojeada a los otros aparatos: la tensión arterial era normal, el pulso fuerte, el ritmo respiratorio satisfactorio.

—Ha llegado el momento más importante de nuestra vida de cirujanos —dijo, volviéndose hacia su ayudante—. Hasta el momento hemos hecho muchas cosas que considerábamos importantes, pero ahora nos encontramos, por vez primera, ante un caso único. Y si hemos conseguido lo que esperamos, la vida normal será posible para todos los que han quedado en Boston en el mismo estado que este hombre.

«Aunque no es eso solo lo que me interesa ahora. Estoy deseando que el paciente hable, porque estoy seguro de que nos dirá cosas importantísimas que podrán servir para vencer en esta horrible batalla que el hombre mantiene contra las hormigas.

Se pasó la mano por la frente; luego, mirando fijamente a Colper, preguntó:

—¿Preparado?

—Cuando usted quiera, señor.

No requirieron ayuda alguna. Deseaban estar solos, completamente solos ante su éxito... o su fracaso. Moviéndose de un lado para otro, empezaron a desembarazar la habitación de los aparatos que habían estado informando, desde el momento en que el paciente salió del quirófano, de la lenta pero segura recuperación de su naturaleza.

Luego, ya libre el campo, elevaron el lecho con la manivela y empezaron a desliar el complejo vendaje que cubría por entero la cabeza de Stanley Larson.

No les temblaban las manos, pero la intensidad de su emoción se lela claramente en el brillo de sus pupilas. Ambos, profesor y ayudante, se daban cuenta de la importancia de cada uno de los gestos que estaban haciendo y de lo que de ellos podía resultar.

Cuando terminaron de quitar el vendaje se detuvieron, mirando el rostro pálido del paciente. Este tenía los ojos cerrados y estaba aún bajo el efecto de los barbitúricos que le habían sido administrados durante la intervención.

Olson dijo:

—Prepare la inyección.

Lewis lo hizo y esta vez, de espaldas al profesor, sus manos temblaron un poco mientras llenaba la jeringuilla con aquel líquido opalino que iba a devolver la plena conciencia al paciente.

Inyectó en la vena con precisión, haciendo pasar el líquido al torrente circulatorio de Larson. Durante unos segundos nada de extraordinario aconteció; pero luego, poco a poco, el color de las mejillas del paciente fue haciéndose más rosado, su respiración se vio intensificada con suspiros profundos y continuados.

¡Hasta que abrió los ojos!

Al principio miró con las pupilas inmóviles el techo, la lámpara; después, decidiéndose, movió la cabeza de un lado para el otro, hasta que sus ojos tropezaron con los dos médicos, que le miraban atentamente.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha ocurrido? —inquirió.

Olson se acercó aún más, sonriendo.

—No se preocupe, señor Larson. Los malos momentos han pasado.

Stanley frunció el ceño.

—¿Qué malos momentos?

El médico y su ayudante cruzaron una rapidísima mirada. Por un momento les sobrecogió el temor de que hubiesen hecho mal las conexiones y que la memoria de aquel hombre se viese alterada.

Pero Olson, decidido a salir de dudas, dijo, sin dejar de sonreír:

—Usted estaba en el laboratorio del profesor Wilke, en el Instituto Entomológico de Boston, justo cuando las hormigas...

—¡No! ¡No diga más!

La expresión de su rostro había cambiado como por ensalmo y ahora se leía un terror indecible en ella.

—¿Lo recuerda?

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Tuvieron que esperar un par de minutos a que el hombre ordenara sus ideas; después, ya más tranquilo, Larson preguntó:

—¿Qué ocurrió en el laboratorio?

—Algo muy grave. Las hormigas salieron del autoclave y terminaron por apoderarse de la ciudad, que fue evacuada.

—Entonces, ¿dónde estamos?

—En Washington.

—¿Y el profesor?

—También está aquí.

—Fui un estúpido al aceptar la ayuda de aquel hombre. ¡Él es el culpable de todo!

—De eso queríamos precisamente hablar —dijo Olson.

Larson hizo un detenido relato de todo cuanto había acontecido, desde su encuentro con Charles Hulter, en la taberna, hasta el momento en que aquel hombre le había facilitado la fórmula para desarrollar normalmente el plan del profesor.

—Bien —dijo Olson—. No se preocupe usted.

No quiso comunicarle, por el momento, el fracaso que los hombres habían tenido al intentar bombardear con DDT la ciudad ocupada por las hormigas.

—Creo que lo mejor será llamar al profesor Wilke para que le vea.

Larson dijo:

—Sí. Estoy deseando verle.

Olson envió a su ayudante para que telefonease al profesor, que se presentaba en el

hospital media hora más tarde. Al verle entrar en la habitación, Larson no pudo evitar un estremecimiento.

Pero Arthur se mostró amable y comprensivo. Pero cuando Larson llegó a pronunciar el nombre de Charles Hulter, Wilke le preguntó:

—¿Está seguro de que se llamaba así?

—Sí, señor.

—¿Sería usted capaz de reconocerlo si lo viese en una fotografía?

—¡Naturalmente! Nunca olvidaré su rostro.

El profesor abandonó la estancia un momento y telefoneó a Lothar.

—Oye, Lothar. Haz el favor de coger el original del profesor Telmer y traerlo aquí, al hospital, enseguida.

Wilke, una vez que llegó su otro ayudante, mostró la foto a Larson.

—Sí, es él.

Arthur se volvió a Olson, que asistía silenciosamente a la escena.

—¿Se da usted cuenta, Albert?

—¿De qué?

—¡Es para volverse loco! Esta foto fue hecha hace ahora 102 años.

—¡Es imposible!

—¡Ojalá lo fuese! Estamos ante un caso mucho más importante de lo que creíamos. Todo lo ocurrido a emanado de ese hombre —miró a su ayudante, intensamente, con fijeza —. ¿Por qué aceptó usted la fórmula, Larson?

—Debo decirlo, profesor. Si acepté los servicios de ese hombre es porque quería llamar la atención de su hija. Me dolía mucho que no me hiciese caso y estaba dispuesto a cualquier cosa por atraerla.

—Comprendo. Creo, para su tranquilidad, que yo hubiera hecho lo mismo en su lugar.

—¿De veras, señor?

—Sí. Pero eso no importa ahora. Debemos descubrir a ese individuo. Hemos fracasado rotundamente en el ataque a las hormigas, y estas, después de extenderse por todo el estado de Massachusetts, han invadido el de Connecticut.

—¡Dios mío! —exclamó Larson—. No sabía que fuera tan grave.

Se hizo una pausa.

—No he dejado de pensar —dijo el profesor— en esa foto que vi, en la fosforescencia que posee la imagen de ese hombre. Por eso he escrito a uno de mis amigos en Nueva York, un verdadero técnico en física y fotografía, hablándole del caso y remitiéndole una copia de esta foto.

* * *

Los dos hombres, en la cámara oscura, trabajaban intensamente. Utilizando toda clase de reactivos, la foto enviada por el profesor había sido examinada desde todos los puntos de vista. Y ahora parecía que se había conseguido algo positivo.

—Creo que hemos logrado algo, Thompson —dijo Cari Mester, el jefe de aquel formidable laboratorio.

—Si. Pero los resultados nos van a llevar a conclusiones extrañas.

—Pon los infrarrojos —dijo a su ayudante.

Jimmy obedeció y la imagen de Hulter desapareció.

—¿Lo entiendes, Jimmy? Es sencillo. Los rayos infrarrojos captan las fuentes de calor, fíjate en la intensidad de la imagen del profesor Telmer.

—¿No es la normal?

—En efecto. Pero sin embargo los infrarrojos no han captado la del otro. O sea que hay una ausencia absoluta de calor en su cuerpo.

—Pero...

—Si, ya sé lo que vas a decirme, muchacho. Pero, por ahora, no quiero llegar a conclusiones prematuras. Haz marchar los ultravioletas.

Cambió el haz de rayos y la imagen del profesor desapareció por completo al tiempo que la de su visitante se recortaba con nitidez.

—¿Te das cuenta, Jimmy? ¡Ahora ya no hay duda alguna!

—¿De qué?

—De la constitución de este extraño ser. El organismo de este hombre es de cristal, así lo revelan los ultravioletas... lo que quiere decir que no es vivo como nosotros. Sabes muy bien que las estructuras vivas más elementales son los «virus» y que estos no son más que cristales dotados de vida. A esta clase pertenece el llamado Charles Hulter. La apariencia humana de ese ser ha sido lograda hábilmente, por métodos que desconocemos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ir a Washington inmediatamente. Lo que acabamos de descubrir es demasiado importante para comunicarlo por teléfono.

CAPÍTULO VIII

Levantó Ikson sus sensibles antenas, moviéndolas en todos los sentidos. Su potente cerebro trabajaba intensamente, en seis planos distintos.

No se habían engañado los hombres de ciencia al crear la hipótesis de un «alma colectiva» en las hormigas. Ikson que no era más que una parte del cerebro general de todas las «liberadas», gozaba de la contemplación de miles de cosas a la vez, pudiendo ver con los ojos de todas.

También sentía palpitar las ideas de millones de compañeras que se movían lejos de allí. Y el conjunto, marchando al unísono, sin individualidad posible, respondía mansamente a un plan general que emanaba al mismo tiempo de todas y cada una de ellas.

Ikson estaba segura del triunfo final. Los hombres se encontraban en situación de inferioridad y, cuando descubrieron sus pobres medios de comunicación: el teléfono, la radio y la televisión, se darían cuenta de que estarían atados de pies y manos en cuanto las fuentes de energía que hacían funcionar esos métodos desaparecieran de la superficie de la Tierra.

Si hubiese podido sonreír, Ikson lo hubiese hecho. Pero por otra parte, no escapaba a las hormigas que los seres que habían proporcionado la fórmula para el desarrollo de su cerebro desarrollaban un doble juego. Y que cuando se hubiesen apoderado del planeta los insectos, aquéllos aparecerían para reducirlos y dominarlos a su vez.

Pero, por ahora, eran los humanos los que interesaban. Y, precisamente, en aquel mismo instante, Ikson estaba recibiendo las palpitaciones informativas de unas compañeras que acababan de descubrir, en una casa de Boston, la existencia de tres humanos que habían escapado a la «parálisis» y que habían conseguido escapar a la vigilancia de las hormigas.

La orden colectiva de capturarlos y reducirlos fue dada.

* * *

—Otra noche más —dijo la muchacha.

Patricia suspiró.

—No hay esperanza —dijo, después de unos instantes de silencio—. Estas bestias han salido victoriosas y terminarán ocupando la Tierra entera.

—No debes hablar así, querida —repuso Alan—. Los hombres deben estar preparando un ataque mejor dirigido, más eficaz. Y esta vez no escaparán.

—No te hagas ilusiones, Alan. También yo tenía esperanza al principio, pero ahora, después de lo que hemos visto, hemos de rendimos a la evidencia.

Scully se movió, inquieto.

—¡No puede ser! Después de todo, no son más que animales y su destino no puede ser el nuestro.

—Es su oportunidad —insistió la joven. Y ellas no son tan estúpidas como nosotros para dejarla pasar sin aprovecharla. Bien es verdad que no poseen manos para trabajar y hacer máquinas e instrumentos de toda clase, pero poseen las nuestras, las manos maravillosas del hombre que estarán incondicionalmente a su servicio.

—¡Basta! —estalló Fred—. ¡Basta! ¡Yo ya no puedo más! Y creo que lo mejor es salir para luchar, sea como sea, aplastándolas por millares, esperando la muerte mejor que quedarse aquí.

—No pierdas los estribos, amigo mío. Hay que tener paciencia.

La muchacha se levantó.

—Voy a dormir —dijo—. Es la única manera de escapar de esta horrible tensión y no volverme loca. ¡Hasta mañana!

—Adiós.

Se quedaron solos.

—Yo también me voy a la cama —dijo Fred.

Pasó al dormitorio y Alan se quedó allí, con los ojos entornados, sin ver la oscuridad creciente que le iba rodeando. La fatiga le fue ganando poco a poco.

Hacía días que no vigilaban la escalera ni subían a la azotea. Por eso, no se percataron de la llegada de media docena de hombres que, silenciosamente, subieron por las escaleras llevando en su nuca a los dueños de sus almas, salvando así el amplio espacio que Alan y Fred habían cubierto de DDT. Las hormigas, a «caballo», pasaron al último piso, descabalgando entonces para penetrar por debajo de la puerta y avanzar, dueñas del silencio, hacia el hombre que dormitaba en el salón.

Una de ellas subió por el cuerpo de aquel humano, colocándose en su nuca, apoyándose en sus impalpables patas. Luego, decidida, tras haber reconocido con las antenas ultrasensibles el lugar elegido, hundió el aguijón, vertiendo el líquido que iba a paralizar instantáneamente al hombre, permitiendo, en pocos minutos, que las patas y las mandíbulas hicieran el resto: un túnel estrecho y limpio que llegaría hasta la base del cerebro, para cortar allí las fibras que le convertirían en un esclavo más.

Mientras, otras hormigas hacían lo mismo en los cuerpos de la muchacha y del otro hombre que dormía en la habitación del fondo.

Saliendo del sueño, los tres se pusieron en pie, con sus correspondientes dueños en la nuca. Bajaron junto a los otros humanos.

Ikson se sintió complacida al saber, instantáneamente, que los tres rebeldes humanos habían dejado de serlo para convertirse en esclavos.

* * *

Se habían reunido en el Pentágono. Doscientas personas, pertenecientes a las más distintas jerarquías sociales, militares, profesores de todas las especialidades, ingenieros... gran parte de los miembros del Congreso, así como asesores internacionales.

A puerta cerrada, y en el mayor secreto, los componentes de las comisiones iniciaron sus ponencias, hasta que le tocó a Wilke.

Presentó a Cari que hizo una exposición detallada de sus métodos y proyectó ampliaciones de la foto. Demostró la acción de los rayos ultravioletas, llegando a la conclusión de que aquel individuo, que se hacía llamar Charles Hulter, no pertenecía a la raza humana.

Luego el profesor Wilke tomó la palabra.

—Nos encontramos en una encrucijada cósmica. Hemos recibido, sin saberlo, la visita de una o varias criaturas espaciales que, por un motivo que desconocemos aún, no han podido atacamos deliberadamente. Es muy posible que sean incapaces de hacerlo de forma directa y que hayan buscado una manera de dominamos y destruimos.

»La liberación cerebral de las hormigas no es, después de todo, más que un instrumento en manos de esas criaturas. Esperan, sin duda, que nuestra especie sea sometida por los insectos para entonces apoderarse de las riendas de un poder que no hubieran logrado directamente.

»Por lo tanto, si deseamos salvamos, hemos de dirigirnos a la cabeza de esta confabulación. Ellos proporcionaron a Larson el medio de liberar a los insectos para destruirlos: ellos podrán, deberán, proporcionarnos la manera de acabar con esta horrible

pesadilla. Mi colaborador, el señor Cari Mester, va a ofrecerles un plan encaminado a la captura de nuestros verdaderos agresores.

—No hay —dijo el hombre— más que un medio, costoso y complicado, para descubrir a esas criaturas cristaloides: utilizar la única arma sensible a su especial constitución. Yo propongo que miles de proyectores ultravioletas, adaptados a cámaras fotográficas, entren en funcionamiento. Hay que recorrer el mundo entero. Hay que lograrlo.

Aquella misma tarde fueron adaptados, en todos los países del mundo, millones de aparatos de rayos ultravioletas a las cámaras fotográficas.

Un helicóptero de los Estados Unidos, que viajaba con la cámara de fotos ultravioleta, comunicó en las primeras horas de la noche haber obtenido unas placas que revelaban la existencia de «cristaloides de gran tamaño».

El lugar resultó ser una granja abandonada, cerca del mar y al sur de Providence. El profesor y Cari abandonaron Washington dirigiéndose velozmente hacia el norte, protegidos por tres vehículos con soldados armados hasta los dientes.

No era importante el número de las armas sino el contenido del enorme camión, herméticamente cerrado.

CAPÍTULO IX

El grupo de vehículos se detuvo para examinar detenidamente el lugar. Tras comprobar que no había ningún error, los dos ayudantes se encargaron de sacar del camión un largo tubo, cuyo extremo tenía todo el aspecto de un aspirador de los de uso doméstico. Tiraron del tubo que tenían sujeto en las manos y debía estar enroscado en el interior, ya que cedió con facilidad.

Mientras, los soldados a las órdenes de su jefe se desplegaban, con las armas dispuestas para proteger a los hombres de ciencia.

Avanzaron. La granja estaba a unos doscientos metros de la carretera y parecía tenerse en pie por puro milagro.

—¿Se da usted cuenta de cómo está esa casa, profesor?

—Sí, amigo mío. Es muy raro. ¿Quiere comprobar de nuevo con los ultravioletas?

Se detuvieron unos instantes y Cari se volvió hacia el profesor:

—Siguen ahí. No se han movido.

—Bien.

Reanudaron la marcha. Wilke, que iba a la cabeza del grupo, se apoderó del pomo, tirando suavemente hacia él. La puerta cedió con facilidad, pero solo para descubrir una superficie metálica y brillante.

—¡Ahora comprendo! —exclamó Arthur.

—¿El qué, profesor?

—Fíjese. La casa ha sido burdamente apoyada, después de ser desmontada, sobre esta estructura metálica. Por eso parecía que se sostenía en el aire de una manera rara. Desmontaron la granja para camuflar esto.

Mester preguntó:

—¿De qué se trata?

—De una astronave. Ahora ya podemos estar seguros, si aún teníamos alguna duda, de que estos seres vinieron del espacio.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Tendremos que enviar a Jimmy a la próxima ciudad para que venga con un equipo autógeno. No tenemos más remedio que esperar a que abran esa lata de sardinas.

—Comprendido.

Mester dio las órdenes oportunas y un vehículo salió disparado, volviendo media hora más tarde con un equipo completo de autógeno-acetileno.

Wilke señaló el lugar descubierto por la puerta.

—Hay que abrir un agujero ahí mismo —dijo—. Y lo antes posible. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

Los hombres se pusieron a trabajar febrilmente. Pronto surgió una llamarada azul en los bordes y amarilla en el centro que lamió rabiosamente la brillante superficie metálica.

Minutos más tarde el jefe del equipo se acercó al profesor y a Mester.

—Lo lamento, señores —dijo—. Ese metal no cede. Es inútil.

—Está bien. Detenga el soldador y retírese con sus hombres.

Cari preguntó:

—¿Qué haremos ahora, profesor?

—Vamos a instalar un sistema de micrófonos por contacto. Hablaremos con ellos y les instaremos a que salgan, si no quieren que utilicemos, desde el principio, los grandes medios.

Poco después, Wilke sostenía en su mano derecha el micrófono, cuya ventosa ulterior

estaba pegada a la superficie metálica.

—Sé que entienden mi lengua —dijo— Les conmino a abrir si no desean ser destruidos inmediatamente. ¡Les doy un minuto para decidirse!

Dejó el micrófono y se puso a esperar.

Finalmente, cuando Arthur veía que la manilla de su segundero llegaba casi al término del tiempo que les había concedido, un chasquido suave se dejó oír, seguido casi enseguida por un ligero movimiento de la superficie de metal que terminó por dibujar una abertura de gran tamaño.

—Ya está —suspiró Cari—, Han obedecido.

—Vamos.

—¿Ahí dentro? —inquirió, con inseguridad en la voz.

—Sí. No creo que ellos salgan. ¡Lothar!

—¿Señor?

—Pasa detrás de mí y no sueltes el aparato.

—Bien, profesor.

Arthur avanzó decidido y pasó por la puerta, seguido por su ayudante, que sujetaba el extremo ancho del tubo que salía del camión. Vacilando unos instantes, Mester terminó por decidirse y avanzó a su vez, para penetrar detrás de Hiller en el interior de la nave.

Jimmy, su ayudante, le imitó también.

El interior de aquel aparato espacial imponía no solo por sus dimensiones sino por la cantidad de aparatos complejos que cubrían sus paredes. Los tres seres, con perfecta apariencia humana, estaban en el fondo, de pie, mirando con extrañeza a los humanos que hablan penetrado en el recinto de su nave.

Wilke los contempló en silencio, reconociendo enseguida a Charles Hulter, el hombre que se había movido por el tiempo con una facilidad pasmosa.

Decidido, rompió el silencio que pesaba ya como una losa de mármol sobre ellos.

—Hemos venido —dijo, con voz firme— a que nos den ustedes la solución para terminar con el problema de las hormigas, que ya es acuciante.

Hulter esbozó una sonrisa.

—¿Cómo nos han descubierto?

—Por su naturaleza cristaloide. Usted cometió el error de dejarse fotografiar junto al profesor Telmer. Y su organismo reflejó en la placa su especial naturaleza. ¿Cómo se hizo aquella foto?

—La hizo la hija del profesor.

—Comprendo.

—Pero, a pesar de mí error, no creo que sea posible que les demos solución alguna. Están ustedes perdidos y han de ceder. La especie humana ha dejado de ser lo que era.

—Y ustedes, ¿quiénes son?

—Los nombres no aclararían nada.

—Es cierto; pero, ¿de dónde vienen?

—Tampoco sabría usted determinar el sitio. Lo que puedo decirle es que mi pueblo domina a muchas humanidades como la suya. Sólo así ha sido posible construir naves, bajo nuestros dictados, ya que nosotros no poseemos un organismo que podamos aplicar a nada.

—Lo supongo. Su actual aspecto lo obtuvieron por reflexión. ¿No es cierto?

—Así es. Veo que ha descubierto nuestra estratagema. Siendo cristalinos podemos adoptar las formas que queramos aunque, en realidad, no se trata para los que nos ven más que de una ilusión óptica.

—Comprendo.

Hubo un silencio.

Wilke y el «cristaloide» se miraban como dos enemigos frente a frente, como dos concepciones del universo que se encontrasen en lo que el profesor había llamado con justeza de apreciación: «encrucijada cósmica».

—Ustedes —dijo Wilke poco después— no podían por falta de manos llegar a dominamos en una lucha abierta. Por eso pensaron en utilizar otro medio indirecto, ¿no es cierto?

—Lo es. Incluso podemos manejar esta nave, y fue merced a los aparatos automáticos que lleva como pudimos introducirla debajo de esta casa. Nuestros jefes nos enviaron aquí y no podemos movernos de este planeta hasta que esté completamente dominado por las hormigas. Sólo entonces comunicaremos con los nuestros y estos enviarán más naves con hombres autómatas para acabar con los insectos y abrir el camino para la dominación de la Tierra.

—Muy interesante. ¿Utilizaron siempre las hormigas en las otras aventuras de conquista?

—Siempre. Ellas existen en todos los planetas donde hay hombres. En realidad, hombres y hormigas, desde el principio de los tiempos, han luchado por la supremacía del mundo, en el que se hallaban juntos. Por desgracia, el destino cósmico de las hormigas parecía limitado siempre por la cubierta de quitina que impedía el crecimiento de su portentoso cerebro. Pero nosotros las hemos utilizado para destruir a sus adversarios de todos los tiempos. Igual hicimos aquí.

—Pero ustedes poseen los medios de destruirlas, ¿verdad?

—Nada más sencillo.

—Es lo que queremos que nos den.

Hulter sonrió de nuevo.

—¿No les parece una pretensión estúpida?

—No. Porque ustedes no quieren ser destrozados.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque nuestra naturaleza no conoce la muerte. Puede usted reducirnos a pedazos. Ya sabe, por las leyes de la cristalografía, que podría reducimos a cristales, incluso microscópicos, pero que seguirían estando vivos.

—Es verdad.

—Por lo tanto, nada hay que hacer en lo que desean. Una raza como la suya, llena de defectos, debe ser destruida: ese es su destino.

—Lo dudo.

—¿Puedo saber qué espera para dudar de lo que le digo?

—Muy sencillo. Usted no ha medido bien las facultades de la especia humana. Verdad es que estamos cargados de defectos y que, en pura lógica cósmica, parece imposible que seres tan débiles como nosotros puedan haber llegado a convertirse en los dueños de un planeta habitado por criaturas mucho más resistentes que nosotros. Pero es así. Y hay algo más importante que ustedes parecen ignorar. Siendo nuestra vida muy corta y llena de peligros, paradójicamente, el hombre siempre está dispuesto a darla por una causa común. Ustedes, por el contrario, considerándose inmortales, son más egoístas y tiemblan solo de pensar que pueden dejar de vivir.

—¡Es que no dejaremos nunca de vivir!

—Se equivocan. Es cierto que su naturaleza cristalina les protege, pero todo tiene un límite.

—¿Cuál?

—Voy a demostrárselo haciendo una pequeña experiencia con uno de sus compañeros.

¡Apunta a ese de la izquierda, Lothar!

—Bien, señor.

—Baja un poco más el aparato y lanza un chorro.

No se oyó nada por el momento, pero el «hombre» apuntado por el aparato lanzó, instantes después, un alarido desgarrador.

—¡Basta, Lothar!

Con los ojos desmesuradamente abiertos, Charles miraba a su amigo, que había caído de rodillas.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado?

—Muy sencillo —dijo Wilke—. Usted tenía toda la razón al afirmar que se puede destrozar un cristal sin por eso descomponer su estructura intima. Pero había olvidado que existe un arma poderosa: ultrasonidos, que son los únicos capaces de romper la armonía molecular de los cristales, reduciéndolos a polvo desorganizado... ¡matándolos, en una palabra!

Todos sabían que la expresión de horror e incluso la palidez que cubría el rostro de Charles no era más que apariencia, pero allí estaba la muestra de su miedo.

Miró, suplicante, a Wilke:

—¡No haga funcionar más ese aparato! ¡Se lo suplico!

—¿Y la fórmula para acabar con las hormigas?

—Se la daré. Tome nota...

—¡Hazlo, Hiller! Dame el aparato.

El otro obedeció y el «cristaloide» dictó una fórmula complicada.

—¿Cómo actúa esto? —inquirió el profesor.

—Es un preparado que produce una alucinación colectiva y terrorífica. Como las hormigas poseen un alma colectiva, la alucinación se produce al mismo tiempo en todas ellas. Llenas de terror, buscan refugio y se esconden, sin moverse, pudiendo así ser destruidas fácilmente.

—Comprendo.

Wilke dijo con voz firme:

—Ustedes han cumplido su palabra y nosotros cumpliremos la nuestra. Pero tienen que abandonar la Tierra ahora mismo. Y cuando el hombre salga definitivamente al espacio procuren dejar libres las humanidades que han sometido. Porque si llegamos a un mundo donde los de nuestra especie estén esclavizados por ustedes... ¡no habrá piedad alguna!

—No tema. Hablaré con nuestros jefes y les haré comprender lo que me han dicho. Liberaremos a los hombres.

Los hombres abandonaron la nave y Wilke dio órdenes a su ayudante para que volviese inmediatamente a Washington a fin de preparar grandes cantidades de aquella sustancia que debería ser lanzada sobre cualquier zona ocupada por las hormigas.

Antes de una hora la nave escapó hacia el espacio.

Wilke miró la estela luminosa del astronavío, que se alejaba.

—Creo que hemos obtenido una gran victoria. De haberlos destruido no llevarían al espacio el mensaje de nuestro poder y nuestra decisión. Ellos nos despreciaban; pero en el fondo son cobardes porque aman exageradamente la larga vida de que disfrutan y que, comparada a la nuestra, puede llamarse eterna.

EPILOGO

El coche corría bordeando el mar. Era un descapotable y la brisa sacudía los cabellos de la muchacha, haciéndolos escapar del pañuelo que llevaba anudado a la cabeza.

Al volante, Alan sonreía, viendo desfilar rápidamente el paisaje que parecía estar empapado en el olor salobre del mar.

—¡No corras tanto! —suplicó ella.

Y él disminuyó la velocidad hasta frenar del todo poco después, en una plataforma que la carretera formaba junto a una especie de mirador que caía a pico sobre el mar.

Bajaron cogidos de la mano, y fueron hacia la barandilla.

—¿Bonito, eh?

—Maravilloso —replicó ella.

—Todo es así a tu lado, Pat. Suerte que el doctor Olson se ocupó de nosotros antes que de nadie. Porque tiene trabajo para varios meses.

—No hables más de eso.

—Tienes razón, querida. Ha sido como una horrible pesadilla que hay que olvidar lo más pronto posible.

Fue entonces cuando Alan miró al suelo, viendo una hilera de hormigas que avanzaban hacia el hormiguero.

Sin poderlo remediar, levantó el pie, dispuesto a aplastarlas.

Pero la muchacha, cogiéndolo del brazo, le intimó:— ¡No, Alan! ¡No les hagas daño! Comprendo todo lo que te hacen recordar. Pero estas no son como aquéllas. El mundo fue hecho así y lo que tenemos que hacer es respetar sus leyes. Hombres y hormigas, cada uno en su sitio, forman el universo. Pero si unos y otras quieren salir de los moldes de su destino cósmico, la catástrofe aparece y el horror, el espanto y la pesadilla se convierten en triste realidad...

F I N

Colección TAM-TAM

Editorial Ceres brinda a sus fieles lectores la Colección TAM-TAM, destinada a todos los amantes de la aventura, en cuyas novelas encontrarán los temas más interesantes, en exóticos ambientes, donde el sexo, la violencia y la acción trepidante toman carta de naturaleza.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO, Curtis Garland
2. DOS HOMBRES, UNA MUJER Y UN TESORO, Alan Parker
3. EXTRAÑO SAFARI, Rocco Sarto
4. MAS ALLA DE LA FRONTERA DE LA MUERTE, Alex Simmons
5. FLORES DE HIBISCO, Lou Carrigan
6. SANGRE EN EL OCÉANO, Elliot Dooley
7. INFIERNO VERDE, Lucky Marty
8. EL LAMA NEGRO, Ralph Barby
9. CAZAD A LOS FURTIVOS, Alex Simmons
10. CORTADORES DE CABEZAS, Alan Parker
11. LA CIUDAD PERDIDA, Joseph Berna
12. LA BESTIA AGUARDA, Rocco Sarto
13. LA CAJA NEGRA, Lou Carrigan
14. DIAMANTES NEGROS, Lucky Marty
15. POR EL CURSO DEL ARAGUAYA, Bab Fleming
16. EL MISTERIOSO «BIGFEET», Alex Simmons
17. PALOMAS SIN PALOMAR, Lou Carrigan
18. EL PUENTE EMBRUJADO, Elliot Dooley
19. LAS JOYAS DE LA PAGODA, Bab Fleming
20. LOS OJOS DE LA IGUANA, Curtis Garland
21. CERCA DE BABILONIA, Lou Carrigan
22. KALI, EL PIGMEO, Alex Simmons

TÍTULOS PUBLICADOS

23. SANGRE Y DIAMANTES, Alan Parker
24. ARENAS DE MUERTE, Lucky Marty
25. MADRUGADA FATAL, Rocco Sarto
26. PROVISIONALMENTE VIVO, Lou Carrigan
27. EL ALMA DE LA COBRA, Alex Simmons
28. LA MUERTE TOMABA EL SOL, Lucky Marty
29. ORO ROJO, Ronald Mortimer

ISBN 84-85626-56-7



EDICIONES CERES, S.A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 60 Ptas.

Impreso en España - Printed in Spain.